

A LA SOMBRA PLANETARIA DE BISMARCK Y NOBEL

José Rizal: París, La Habana, Barcelona, Berlín (2)

En un artículo anterior, «Nitroglicerina en la granada», publicado en la *New Left Review* 27, analicé las novelas del filipino José Rizal –*Noli me tangere* y, en particular, *El filibusterismo*, de 1891– dentro de un marco laxamente literario. Sostuve que Rizal aprendió mucho de los novelistas europeos, pero transformó lo que descubrió allí en un nuevo sentido anticolonial explosivo. No obstante, Rizal no era sólo el primer gran novelista, sino también el padre fundador, de la nación filipina moderna, y no leía exclusivamente ficción. Leía asimismo, y con detenimiento, los periódicos y revistas de las distintas capitales en las que vivió –Madrid, París, Berlín, Londres–, por no hablar de los libros de no ficción. Es más, desde muy temprano, su trayectoria política se vio profundamente influida por los acontecimientos de Europa, el Caribe y otros lugares y por sus repercusiones locales con frecuencia violentas a miles de kilómetros de distancia, en su país natal. El objetivo del presente artículo es doble. Por un lado, utilizar un marco espacio-temporal transnacional para intentar resolver los enigmas que durante mucho tiempo han desconcertado a los críticos de la última novela publicada de Rizal. Por otro, permitir que salga a la luz un nuevo panorama global del siglo XIX, desde la posición privilegiada y distanciadora de un joven brillante (responsable de la maravillosa expresión *el demonio de las comparaciones*)^{*} que escribe desde una de sus periferias menos conocidas¹.

Para cuando se publicó *El filibusterismo*, en 1891, Rizal, que contaba por entonces con treinta años, había estado en Europa durante casi diez años y había aprendido las dos principales lenguas del subcontinente –alemán y francés– así como algo de inglés. Además, había vivido durante periodos prolongados en las ciudades de París, Berlín y Londres. A su segunda gran obra de ficción le puso el subtítulo de *novela filipina*, con buenos motivos políticos. Pero, casi con igual motivo, podría haberla calificado de *novela mundial*. Bismarck había hecho de Alemania la potencia dominante en Europa

^{*} En castellano en el original. Todas las palabras en castellano que en lo sucesivo aparezcan en cursiva están en castellano en el original [N. de la T.].

¹ Quisiera expresar mi agradecimiento a Robin Blackburn y a sus estudiantes Evan Daniel, Carol Hau, Ambeth Ocampo y Megan Thomas por toda la ayuda que me han proporcionado con materiales y críticas.

y había sido precursor de un nuevo imperialismo alemán global (junto a muchos otros, por supuesto) en África, Asia y Oceanía. Alfred Nobel había inventado el primer arma de destrucción masiva fácilmente asequible, casi en cualquier parte, para los miembros activos de las clases oprimidas. En la izquierda, la espantosa derrota de la Comuna, el hundimiento de la Primera Internacional y la muerte de Marx habían dado paso al rápido ascenso del anarquismo bajo varias formas, en un principio en Francia y España, pero no mucho más tarde en otras regiones de Europa, América del Norte, el Caribe y América del Sur, así como en el Lejano Oriente. Intentaré mostrar cómo este contexto político global determinó el peculiar relato de *El filibusterismo*.

En comparación con *Noli me tangere*, que se ha traducido a un buen número de lenguas y es ampliamente conocida y querida en Filipinas, *El filibusterismo* ha recibido relativamente poca atención. Desde cierto punto de vista, este desinterés resulta fácil de entender. La novela no cuenta con ningún verdadero héroe. Las mujeres no desempeñan ningún papel central y sus personajes apenas se esbozan. La trama principal y las subtramas constituyen historias de fracaso, derrota y muerte. El tono moral es más sombrío, la política más central y el estilo más sarcástico. Se podría decir que si no lo hubiera escrito el padre de la nación filipina, el libro habría tenido pocos lectores hasta el día de hoy. Para los intelectuales y estudiosos filipinos, ha constituido un enigma, entre otras cosas por la angustia que les ha generado su aparente falta de verosimilitud, su no correspondencia con lo que se conoce de la sociedad colonial filipina en la década de 1880. La tentación, por consiguiente, ha sido analizarla desde el punto de vista de la ambivalencia en la «vida real» del autor con respecto a la «revolución» y a la violencia política (que tocaremos más adelante). Pero por lo menos algunas de estas dificultades se reducen si consideramos que el texto es un producto tan global como local.

Cambios en España

En 1833, se produjo una crisis dinástica en España, que dio lugar a dos guerras civiles sucesivas y asedió el país hasta finales de siglo. En aquel año, el rey ferozmente reaccionario Fernando VII —encarcelado y depuesto por Napoleón, pero restituido por la Condenada Alianza* en 1814— murió, dejando la corona a su única hija, la infanta Isabel, de tres años de edad, con lo que su madre napolitana accedió al cargo de regenta. Sin embargo, el siguiente hermano de Fernando, Carlos, puso en duda la sucesión, afirmando que la abrogación pública de 1830 de la ley sálica que prohibía a las mujeres acceder al trono era una manipulación concebida para arrebatarle su herencia. Tras reclutar un ejército en el norte ultraconservador (Navarra, Aragón y el País Vasco), inició una guerra que duró el resto de la década y terminó sólo en una frágil tregua. La regenta y su círculo recurrieron, tanto por razones financieras como políticas, a la ayuda de los liberales y, a través de una medida de consecuencias trascendentales, expropiaron las propiedades de todas las órde-

* Unholy Alliance en el original inglés; juego de palabras intencionado con la Santa Alianza.

nes monásticas poderosas. A los dieciséis años, la infanta Isabel contrajo matrimonio con el «afeminado» duque de Cádiz y pronto se acostumbró a encontrar sus placeres en otro lugar. Al llegar a la mayoría de edad, se alejó de las políticas de su madre, cayó bajo la influencia de ciertos clérigos ultraconservadores y presidió un régimen cada vez más corrupto y decrepito.

En los últimos meses antes de la caída definitiva del régimen, en septiembre de 1868, la reina Isabel dictaminó la deportación de varios de sus enemigos republicanos a Filipinas, donde fueron encarcelados en la isla fortificada de Corregidor, en la bahía de Manila. En la ola de regocijo que recorrió todo el imperio tras su abdicación y huida a Francia, algunos criollos y *mestizos* manileños mayores, acomodados y de mentalidad liberal, entre los que se encontraban Antonio María Regidor, José María Basa y Joaquín Pardo de Tavera —y que más tarde se convertirían en buenos amigos de Rizal—, organizaron una colecta pública para los sufrientes prisioneros². En junio de 1869, el general andaluz rico y liberal Carlos María de la Torre tomó posesión como nuevo «capitán general» y espantó a gran parte de la elite colonial invitando a criollos y *mestizos* a su palacio a brindar por la «Libertad» y paseándose por las calles de Manila en ropa corriente. Acto seguido, procedió a abolir la censura en la prensa, fomentó la libertad de expresión y de reunión, eliminó los azotes como castigo en el ejército y acabó con una revuelta agraria en la provincia de Cavite, en las proximidades de Manila, perdonando a los rebeldes y organizándoles en un cuerpo de policía especial³. Al año siguiente, el ministro de Ultramar, Segismundo Moret, promulgó decretos que colocaban la antigua universidad dominica de Santo Tomás bajo control estatal y alentaban a los frailes a secularizarse, al mismo tiempo que les garantizaban que, de hacerlo, mantendrían el control de sus parroquias, desafiando a sus superiores religiosos⁴. El mismo regocijo desencadenó lo que se convertiría en una insurrección de diez años en Cuba bajo el competente liderazgo del acaudalado terrateniente Carlos Manuel de Céspedes, que en determinado momento llegó a controlar la mitad este de la isla.

Pero en Madrid, con la decisión de coronar a Amadeo de Saboya como nuevo (e impopular) soberano, los aires políticos empezaron a cambiar. En diciembre de 1870, el primer ministro y general Juan Prim y Prats, que en gran parte había maquinado el ascenso de Amadeo, fue asesinado; y, por consiguiente, en abril de 1871, De la Torre fue sustituido por el general conservador Rafael de Izquierdo, se suspendieron los decretos de Moret y el nuevo capitán general abolió la tradicional exención de la *corvée* [prestación laboral obligatoria] de la que disfrutaban los trabajadores de los astilleros de la marina en Cavite. El 20 de febrero de 1872, estalló un motín en Cavite, en el que fueron asesinados siete oficiales españoles. El apla-

² William Henry SCOTT, *The Unión Obrera Democrática: First Filipino Trade Union*, Ciudad de Quezón, 1992, pp. 6-7.

³ León M.^a GUERRERO, *The First Filipino: A Biography of José Rizal*, Manila, 1991.

⁴ John N. SCHUMACHER, S. J., *The Propaganda Movement, 1880-1895* [edición revisada], Ciudad de Quezón, 1997, p. 7.

camiento de esta revuelta fue rápido, pero Izquierdo la remató arrestando a cientos de criollos y *mestizos*: sacerdotes seculares, comerciantes, abogados e incluso miembros de la administración colonial. La mayoría de estas personas, incluidos Basa, Regidor y Pardo Tavera, acabaron deportadas a las islas Marianas y todavía más lejos. Pero el régimen, instigado por algunos frailes conservadores, decidió dar un espantoso castigo público ejemplar a tres sacerdotes seculares liberales. Tras un breve juicio ilegal, los criollos José Burgos y Jacinto Zamora y el *mestizo* chino entrado en años Mariano Gómez fueron ejecutados a garrote vil en presencia, según se dice, de cuarenta mil personas. El querido hermano mayor de Rizal, Paciano, que había estado viviendo en casa de Burgos, se vio obligado a esconderse y a renunciar en el futuro a cualquier tipo de educación formal⁵.

Seis meses más tarde, el 2 de septiembre, cerca de 1.200 trabajadores de los astilleros y el arsenal de Cavite protagonizaron la primera huelga de la que hay constancia en la historia filipina. Inmediatamente después, se produjeron numerosos arrestos e interrogatorios, pero el régimen no consiguió encontrar un cerebro al que poder arrestar y, al final, dejó en libertad a todo el mundo. William Henry Scott cita las meditaciones de Izquierdo ante esta desagradable sorpresa. Dado que «más de mil hombres no podrían compartir exactamente las mismas ideas sin algún liderazgo maquiavélico», el general concluyó que «la Internacional ha extendido sus negras alas hasta proyectar su nefasta sombra sobre las tierras más remotas». Por muy poco probable que tal vez suene esto, el hecho es que las Cortes no habían prohibido la Internacional hasta finales de 1871 y la sección bakunista de Madrid había hecho una mención especial en el número de apertura (15 de enero de 1870) de su órgano oficial, *La Solidaridad*, consagrado a levantar a los trabajadores del mundo, a la «virgen Oceanía y a vosotros que habitáis las vastas y ricas regiones de Asia»⁶.

Años de estudiante

Muchos años después, Rizal escribió que «sin 1872, Rizal sería ahora jesuita y en vez de escribir *Noli me tangere*, habría escrito lo contrario»⁷. Con Paciano en la lista negra, el primer apellido de Rizal, Mercado, le hubiera cerrado al pequeño José todas las posibilidades de una buena educación; por lo tanto, le matricularon en el Ateneo bajo su segundo apellido, Rizal. En 1891, dedicó *El filibusterismo* a la memoria de los tres sacerdotes martirizados. Cuando su amigo austriaco, el etnólogo Ferdinand Blumentritt, le preguntó en 1887 por el significado de la extraña palabra *filibustero*, contestó: «La palabra *filibustero* todavía se conoce muy poco en Filipinas; la gente corriente todavía la ignora. La primera vez que la escuché fue en 1872

⁵ *Ibid.*, pp. 8-9; L. M. Guerrero, *The First Filipino: A Biography of José Rizal*, cit., pp. 3-6 y 13.

⁶ W. H. Scott, *The Unión Obrera Democrática: First Filipino Trade Union*, cit., pp. 6-7.

⁷ Carta de Rizal a su amigo Mariano Ponce y a los miembros del equipo de *La Solidaridad* (órgano de los nacionalistas filipinos en España en la década de 1890) tal y como aparece citada en L. M. Guerrero, *The First Filipino: A Biography of José Rizal*, cit., p. 608, n. 13.

[Rizal tenía entonces once años], cuando se produjeron las ejecuciones. Aún recuerdo el terror que suscitó. Nuestro padre nos prohibió pronunciarla nunca... [Significa] un patriota peligroso al que pronto colgarán, o un hombre atrevido»⁸. Resulta que la palabra se acuñó en torno a 1850, en una orilla insospechada del Caribe de Céspedes y, desde allí, navegó, vía Cuba y España, atravesando el océano Índico, hasta Manila⁹.

A finales de la primavera de 1882, con veinte años, Rizal dejó su país para estudiar en España, ocultando su plan a sus padres, pero respaldado por su hermano, Paciano, y un tío comprensivo. ¿Cómo fue esto posible? Los Mercado eran una familia culta, que hablaba español y tagalo y tenía una ascen-

⁸ «Das Wort Filibustero ist noch auf den Philippinen sehr wenig bekannt worden; die niedrige Bevölkerung kennt es noch nicht. Als ich dieser Wort vom ersten Mal hörte, was es in 1872, wann die Hinrichtungen stattgefunden haben. Ich erinnere mich noch das Erschrecken welches dieser Wort weckte. Unser Vater hat uns verboten dieses Wort auszusprechen... [Significa] ein gefährlicher Patriote, welches in junger Zeit aufgehängt wird, oder ein eingebildeter Mensch!», *The Rizal-Blumentritt Correspondence, 1886-1889*, vol. 1, Manila, 1992, quinta y sexta páginas sin número después de la p. 65. Carta del 29 de marzo, 1887, desde Berlín.

⁹ [Fernando] TÁRRIDA DEL MÁRMOL, «Aux Inquisiteurs d'Espagne», *La Revue Blanche*, vol. 12, núm. 86 (1 de febrero de 1897), pp. 117-120. En la página 117, escribió, con respecto a los *inquisiteurs modernes* [inquisidores modernos] en España, que «sus métodos son siempre los mismos: tortura, ejecuciones, calumnias. Si la desdichada persona a la que pretenden destruir vive en Cuba, se le llama filibustero; si vive en la Península, anarquista; si vive en Filipinas, masón [*leurs procédés sont toujours les mêmes: la torture, les exécutions, les calomnies. Si le malheureux qu'ils veulent perdre demeure à Cuba, c'est un filibustier; si dans la péninsule, un anarchiste; si aux Philippines, un franc-maçon*]. Nos encontraremos con el temible Tárrida más adelante. Baste aquí con decir que sabía de lo que estaba hablando, porque había nacido en Cuba en 1861 –el mismo año del nacimiento de Rizal– y dijo de sí mismo en el artículo recién citado *je suis cubain* [soy cubano].

En realidad, parece que la palabra, en su acepción política y no en su antiguo significado piratesco, se acuñó en Nueva Orleans alrededor de 1850. Los criollos y *mestizos* francófonos locales calificaron de *filibustiers* a los idealistas y mercenarios variopintos que se unieron en aquella ciudad al venezolano Narciso López en tres intentos de invasión de Cuba (1849-1851) para librarla del yugo español. Del criollo, con su *s* añadida, debe haber pasado al inglés y al español, puesto que personas como el famoso mercenario americano William Walker, que se hizo presidente de Venezuela durante un breve periodo a mediados de la década de 1850, se autodenominaban filibusteros. Es muy probable que los portadores de la versión española a Manila fueran altos oficiales ibéricos del ejército, muchos de los cuales prestaron servicio en el Caribe antes de ser enviados a Filipinas. Cuatro de los últimos cinco capitanes generales del archipiélago filipino, Valeriano Weyler (1888-1891) –nacido de padres prusianos en Mallorca–, Eulogio Despujol (1891-1893), Ramón Blanco (1893-1896) y Camilo Polavieja (1896-1897), se hicieron con sus impulsos represivos en el Caribe; Despujol en Santo Domingo y el resto en Cuba. Weyler conquistaría fama mundial a finales de la década de 1890, cuando le enviaron a Cuba para sofocar la insurrección nacionalista definitiva. Su política de reconcentración forzosa de poblaciones a enorme escala (prefigurando lo que los estadounidenses harían en Luzón en la década de 1900) causó cientos de miles de muertes. Constituye una extraña ironía histórica que López, que ofreció el mando de su segunda expedición tanto a Jefferson Davis como a Robert E. Lee, era famoso por su «severidad» hacia los negros, se alió con la esclavocracia sureña y reclutó a sus hombres principalmente entre veteranos de la guerra de México, fuera objeto de una rehabilitación «patriótica» póstuma gracias a que lo ejecutaron en público a garrote vil en La Habana. La bandera roja, blanca y azul, con barras y estrellas, que diseñó con propósitos anexionistas, sigue siendo en la actualidad la bandera nacional cubana. Véase Hugh THOMAS, *Cuba, The Pursuit of Freedom*, New Brunswick, NJ, 1971, pp. 212-217.

dencia mezcla de «malayo», español, chino y quizá incluso, de manera remota, japonés. Era la familia más próspera de la localidad de Calamba (hoy en día, a una hora de distancia en coche hacia el sur desde Manila); pero su riqueza era también frágil, porque no poseían muchas tierras, sino que las arrendaban de la enorme *hacienda* local, propiedad de los dominicos. En 1882, los precios internacionales del azúcar todavía eran altos, pero se desplomarían en la crisis que duró desde 1883 hasta 1886. La familia enviaría en todo momento a José el dinero que podía, pero nunca era suficiente y al joven siempre le resultó difícil arreglárselas para que le llegara.

En cualquier caso, a principios de junio, Rizal desembarcó en Marsella, para seguir hacia Barcelona y, luego, hacia Madrid, con el fin de matricularse como estudiante en la Universidad Central. El primer sobresalto desagradable y deprimente le vino, tal y como escribió a su familia, mientras «Yo me paseaba por aquellas calles anchas y limpias adoquinadas como en Manila, llenas de gente, llamando la atención de todo el mundo, quienes me llamaban chino, japonés, americano, etc.; ninguno filipino. ¡Pobre país! ¡Nadie tiene noticia de ti!»¹⁰. En Madrid, compañeros de clase le preguntarían si Filipinas pertenecía al Reino Unido o a España y, a otro filipino, si estaba muy lejos de Manila¹¹. No obstante, las apabullantes ignorancia e indiferencia españolas hacia el país de Rizal pronto tendrían consecuencias provechosas. En la colonia —aunque el Estado español nunca llamó ni a Filipinas ni a Cuba colonias, ni tampoco contó con un Ministerio Colonial—, la jerarquía racial, anclada en la ley, los modos de tributación y los códigos suntuarios, era de una importancia primordial para todo el mundo. Peninsulares, criollos, *mestizos* españoles y chinos, «chinos» e *indios* constituían estratos sociales marcados. En Filipinas, la palabra *filipino* se refería sólo a los criollos. En España, sin embargo, Rizal y sus compañeros de clase descubrieron pronto que estas distinciones bien eran desconocidas, bien se las consideraba irrelevantes¹². No importaba el *status* que cada uno tuviera en su país natal, aquí todos eran *filipinos*, del mismo modo que los latinoamericanos en Madrid a finales del siglo XVIII eran *americanos*, sin que importara que fueran de Lima o Cartagena o que fueran criollos o de ascendencia mixta¹³. (El mismo pro-

¹⁰ Carta del 23 de junio de 1882 desde Barcelona, en *One Hundred Letters of José Rizal*, Manila, 1959, p. 26. Estas cartas no estaban disponibles cuando se publicó la gran *Correspondencia epistolar*.

¹¹ «Que nos tomen por chinos, americanos o mulatos y muchos aún de los jóvenes estudiantes no saben si Filipinas pertenece a los ingleses o los españoles. Un día preguntaban a uno de nuestros paisanos si Filipinas estaba muy lejos de Manila», carta a la familia desde Madrid, fechada el 29 de enero de 1883, en *One Hundred Letters of José Rizal*, cit., p. 85.

¹² En el soberbio «Prefacio» que Jovita Ventura Castro escribió para su nueva traducción francesa de *Noli me tangere*, observaba que hasta después de 1863 no les estaba permitido a los estudiantes de Filipinas matricularse en las universidades de la metrópoli. (Gallimard publicó la traducción *N'y touchez pas!* en París en 1980, con el auspicio de la UNESCO.) Los primeros en matricularse fueron criollos físicamente indistinguibles de los españoles nacidos en España. Los *mestizos* e *indios* de múltiples tonalidades parecen no haber llegado hasta finales de la década de 1870. Por lo tanto, eran algo visiblemente muy nuevo.

¹³ Véase Benedict ANDERSON, *Imagined Communities*, Londres, 1991, p. 57.

ceso ha producido la categoría estadounidense contemporánea de «asiáticos» y «asiático-americanos».) El 13 de abril de 1887, Rizal escribiría a Blumentritt: «Todos nosotros tenemos que hacer sacrificios con fines políticos, aunque no tengamos ninguna inclinación a hacerlo. Esto lo entienden mis amigos, que publican nuestro periódico en Madrid; estos amigos son todos jóvenes, criollos, *mestizos* y malayos, [pero] nos llamamos filipinos sin más»¹⁴. Lo que «son» (desde un punto de vista colonial) entra en contraste con lo que ellos «se llaman» a sí mismos en la metrópoli. Pero, en realidad, hay una elisión más, puesto que muchos de estos *mestizos* eran «chinos» y no «españoles». (En verdad, los *mestizos* chinos superaban ampliamente en número a sus equivalentes españoles en Filipinas.)¹⁵ El *esfuerzo* político implícito explica probablemente por qué su periódico se llamaba en un alarde de esperanza –y obviando la Internacional– *La Solidaridad*. Así pues, cabe sugerir que el nacionalismo filipino en realidad tuvo sus orígenes territoriales en la España urbana, y no en Filipinas.

Durante los siguientes cuatro años, Rizal estudió duro en la Universidad Central de Madrid. Hacia el verano de 1885, se había doctorado en Filosofía y Letras, y habría hecho lo mismo en medicina de no haberse quedado sin dinero. Después de la ejecución de Rizal a finales de 1896, Miguel de Unamuno –que, aunque era tres años más joven que el filipino, entró en la Facultad de Filosofía y Letras dos años antes que él y se licenció en 1884– afirmaba, quizá sinceramente, haberlo «visto por ahí» durante aquellos años de estudiante¹⁶. Pero para el propósito de esta investigación, el acontecimiento más significativo tuvo lugar a principios de su último curso (1884-1885), cuando Miguel Morayta, su profesor de historia y una figura destacada de la masonería española, pronunció un discurso inaugural que constituía un ataque devastador contra el oscurantismo clerical y una defensa agresiva de la libertad académica¹⁷. El obispo de Ávila y otros portadores de mitras excomulgaron inmediatamente al estudioso por herejía y por mancillar la

¹⁴ «Wir müssen alle der Politik etwas opfern, wenn auch wir keine Lust daran haben. Dies verstehen meine Freunde welche in Madrid unsere Zeitung herausgeben; diese Freunde sind alle Jünglingen, creolen, mestizen und malaïen, wir nennen uns nur Philippiner.» Véase *The Rizal-Blumentritt Correspondence, 1886-1889*, vol. 1, cit., p. 72. Es importante darse cuenta de que la palabra alemana *Philippiner* no está contaminada por las ambigüedades que rodean al término *filipino*. Es clara y simplemente (proto)nacional.

¹⁵ Resulta muy sorprendente que las palabras *mestizo chino* no aparezcan en *Noli me tangere* en absoluto, y que lo hagan sólo una vez, de pasada, en *El filibusterismo*. Hay muchos personajes de los que cabe suponer que son este tipo de *mestizos*, pero Rizal se cuida de no mencionar los típicos apellidos reveladores. Lamentablemente, a la joven elite anticolonial se le pegaron en gran medida los prejuicios ibéricos contra los chinos.

¹⁶ Mencionado en la esclarecedora introducción del mexicano Leopoldo Zea a la edición venezolana de *Noli me tangere*, Caracas, 1976, p. XVIII, citando el «Epilogo» de Unamuno a W. E. RETANA, *Vida y escritos del Dr. José Rizal*, Madrid, 1907.

¹⁷ Enfureció especialmente a la jerarquía insistiendo que el *Rig Veda* era mucho más antiguo que el Antiguo Testamento y que los egipcios habían sido los precursores de la idea de un justo castigo en la vida después de la muerte, y analizando en términos escépticos el Diluvio y la Creación, que Roma insistía incluso entonces en datar en el año 4004 a.C. Manuel SARKISYANZ, *Rizal and Republican Spain*, Manila, 1995, p. 205.

tradición y la cultura españolas. Los estudiantes iniciaron una huelga de dos meses por Morayta y pronto recibieron el apoyo de compañeros que estudiaban en las grandes universidades de Granada, Valencia, Oviedo, Sevilla, Valladolid, Zaragoza y Barcelona¹⁸. El gobierno envió a la policía y muchos estudiantes fueron detenidos y/o golpeados. Rizal recordaría más tarde que sólo se salvó de la detención porque se escondió en la casa de Morayta y adoptó tres disfraces diferentes¹⁹. Como veremos más adelante, esta experiencia, modificada, se convertiría en un episodio clave en la trama de *El filibusterismo*.

Sólo hay otro acontecimiento de los años de estudiante que merece la pena subrayar aquí: las primeras «vacaciones» de Rizal en París, en la primavera de 1883. Describimos en «Nitroglicerina en la granada» las cartas entusiasmadas que escribió a su familia desde la capital francesa. No hay nada remotamente comparable para Madrid. París era el primer espacio geográfico-político que le permitía descubrir el profundo atraso de la España imperial: económico, científico, industrial, educativo, cultural y político²⁰. Éste es uno de los motivos por los que sus novelas parecen tan excepcionales entre las obras de ficción anticoloniales escritas bajo el colonialismo. Rizal estaba en condiciones de ridiculizar a los colonialistas, y no sólo de denunciarles. No leyó *Max Havelaar*, de Eduard Douwes Dekker, hasta después de haber publicado *Noli me tangere*, pero se percibe inmediatamente por qué disfrutó el estilo de sátira sin miramientos del holandés. De cualquier modo, para cuando consiguió la licenciatura, ya estaba harto de la metrópoli, y pasó gran parte de sus siguientes seis años en la Europa septentrional «avanzada». Quizá existen paralelismos con Martí, ocho años mayor que Rizal, que estudió en España a mediados de la década de 1870 y después la abandonó para siempre, pasando gran parte del resto de su vida en Nueva York.

¹⁸ José Rizal, *El filibusterismo*, cit., notas de las pp. 38-39. Las notas de edición agregan que llegaron felicitaciones desde Bolonia, Roma, Pisa, París, Lisboa, Coimbra y varios lugares en Alemania, así como noticias de las protestas de apoyo organizadas por estudiantes de estas ciudades.

¹⁹ Véase el animado relato que Rizal hace a su familia en una carta del 26 de noviembre de 1884, en *One Hundred Letters of José Rizal*, cit., pp. 197-200.

²⁰ De acuerdo con el censo de 1860, la mayor parte de la población trabajadora adulta estaba distribuida desde el punto de vista de la ocupación como sigue: 2.345.000 jornaleros agrícolas, 1.466.000 pequeños propietarios, 808.000 sirvientes, 665.000 artesanos, 333.000 propietarios de pequeños negocios, 262.000 indigentes, 150.000 trabajadores fabriles, 100.000 trabajadores de profesiones liberales y empleos relacionados, 70.000 «empleados» (¿funcionarios del Estado?), 63.000 clérigos (de los cuales, 20.000 mujeres) y 23.000 mineros. Jean BÉCARUD y Gilles LAPOUGE, *Anarchistes d'Espagne*, París, 1970, vol. I, pp. 14-15. Cuarenta años más tarde, en 1901, sólo Barcelona contaba con 500.000 trabajadores, pero la mitad de ellos eran analfabetos. Véase J. ROMERO MAURA, «Terrorism in Barcelona and Its Impact on Spanish Politics, 1904-1909», *Past and Present* 41 (diciembre de 1968), p. 164. Schumacher llega incluso a afirmar que existe una equivalencia en el grado de analfabetismo entre la metrópoli y la colonia «única en la historia de la colonización». (En 1900, el analfabetismo entre las personas mayores de diez años en España era del 58,7 por 100; el censo de 1903, organizado por los estadounidenses, mostraba una cifra del 55,5 por 100 para Filipinas; esta cifra tiene en cuenta distintas lenguas locales, español e inglés) J. N. Schumacher, *The Propaganda Movement, 1880-1895*, cit., p. 304, n. 9.

Europa imperial

Llegados a este punto, debemos dejar temporalmente al Rizal de veinticuatro años para examinar de manera esquemática los tres mundos en los que se encontraba situado en la década de 1880, época de la publicación de *Noli me tangere* y de la planificación de *El filibusterismo*. Un «gran mundo» era la Europa imperial y sus periferias americanas, asiáticas y africanas. La figura central era sin duda Bismarck. Tras haber obligado a los ejércitos del Imperio austrohúngaro a batirse en retirada en Königgrätz en 1866, repitió este triunfo en 1870 en Sedán, donde Luis Napoleón y 100.000 tropas francesas se vieron forzadas a la rendición. Esta victoria hizo posible la proclamación, en enero de 1871 —en Versalles, no en Berlín—, del nuevo Imperio alemán y la anexión de Alsacia y Lorena. Después de esto, Bismarck empezó a interesarse por competir con Gran Bretaña y Francia en aventuras imperiales extraeuropeas: en África oriental, sudoccidental y occidental, en el Lejano Oriente y en Oceanía y, en especial, en los territorios reivindicados por España. (Veremos el impacto de esta expansión cuando volvamos a Rizal, cuyo gusto por Alemania se debía en parte a lo paranoico que volvió ésta a España.) Como era de esperar, el famoso reparto de África entre imperialistas en 1878 se realizó en Berlín. A la hora de tratar con una clase obrera y un partido socialista alemanes muy bien organizados, Bismarck combinó hábilmente la represión con una importante legislación social. Se mantuvo en el poder hasta 1890, año en que el nuevo e imprevisible káiser forzó su dimisión. Con cierta inoportunidad, *Noli me tangere* se había publicado tres años antes en la *Hauptstadt* [«capital»] imperial.

En Francia, el triunfo de Bismarck en Sedán vino seguido de un asedio brutal de París, del que huyó el débil gobierno que sucedió a Luis Napoleón, refugiándose en Versalles, para firmar allí un armisticio humillante y, posteriormente, un tratado igualmente humillante. En marzo de 1871, la Comuna tomó el poder en la ciudad abandonada y lo mantuvo durante dos meses. A continuación, Versalles encontró el momento para atacar y, en una semana horripilante, ejecutó aproximadamente a 20.000 participantes en la Comuna o sospechosos de simpatizar con ella, un número mayor que el de los asesinados en la última guerra o durante el «Terror» de Robespierre de 1793-1794. Más de 7.500 personas fueron encarceladas o deportadas a lugares como Nueva Caledonia. Otros miles huyeron a Bélgica, Inglaterra, Italia, España y Estados Unidos. En 1872, se aprobaron leyes estrictas que excluían toda posibilidad de organización de izquierdas. Hasta 1880 no hubo una amnistía general para todos aquellos que habían participado en la Comuna y que ahora estaban en prisión o en el exilio. Entretanto, la III República nacía sobre cimientos lo bastante sólidos como para renovar y reforzar la expansión imperialista de Luis Napoleón en Indochina, África y Oceanía. Muchos intelectuales y artistas destacados de Francia habían participado en la Comuna (Courbet era prácticamente su ministro de cultura y Rimbaud y Pissarro activos propa-

gandistas) o simpatizaban con ella²¹. La feroz represión de 1871 y de los años siguientes fue probablemente el factor decisivo para alejar a estos grupos de la III República y avivar la simpatía que sentían hacia sus víctimas dentro y fuera del país. Más adelante analizaremos este desarrollo con mayor detenimiento.

Sedán también provocó la retirada de la guarnición francesa de Roma y su sustitución por las fuerzas del nuevo Reino de Italia, cada vez más represivo e ineficiente. El Papado, desprovisto de su poder temporal, contraatacó político-espiritualmente con la extraña doctrina de la Infallibilidad del Papa, y amenazó con la excomunión de todo católico que participara en las instituciones políticas del Reino. Se empezó un imperialismo de corte mediocre en África oriental, mientras la miseria rural en el sur era tan grande que, entre 1887 y 1900, medio millón de italianos dejaban el país cada año. Rizal hizo una breve visita a Roma en 1887, pero no parece haberse fijado más que en las antigüedades.

A su regreso a Europa en febrero de 1888, vía el Pacífico, Rizal hizo una breve parada en el Japón de mediados del Imperio de Meiji, y quedó impresionado por su disciplina, energía y ambición y horrorizado por sus vehículos de tiro humano. Resultaba gratificante, desde luego, ver un pueblo no europeo protegiendo su independencia y haciendo rápidos progresos en la marcha hacia la modernidad. Aunque pasó una corta temporada en Hong Kong, la propia China parece haber estado fuera de su mapa. Llegó a San Francisco en época de elecciones, cuando la demagogia antiasiática estaba en su momento álgido. Enfurecido por haberse visto retenido trece días a bordo del barco con el fin de pasar una «cuarentena» —el barco llevaba cerca de 650 chinos—, se apresuró a atravesar el país lo más rápido que pudo. Nada sería menos susceptible de impresionarle que la corrupción de la Edad de Oro [*Gilded Age*], la represión posreconstrucción de los antiguos esclavos negros, las brutales leyes antimestizaje, etc.²². Pero ya estaba previendo la expansión estadounidense al otro lado del Pacífico. Luego, se estableció con satisfacción en Londres para investigar sobre la historia antigua filipina en el British Museum y no parece haberse interesado en el paulatino agravamiento de la crisis sobre Irlanda. (Viviendo junto a Primrose Hill ¿sabía que Engels estaba cómodamente instalado justo a la vuelta de la esquina?)

Chispas anarquistas

Pero este mundo aparentemente en calma, de predominio político conservador, acumulación de capital e imperialismo global, estaba al mismo

²¹ Véase la viva descripción y el magnífico análisis de Kristin Ross, *The Emergence of Social Space: Rimbaud and the Paris Commune*, Minneapolis, 1988; también James JOLL, *The Anarchists*, Cambridge, MA, 1980, pp. 148-149.

²² Véase el relato conciso en L. M. Guerrero, *The First Filipino: A Biography of José Rizal*, cit., p. 198.

tiempo ayudando a crear otro tipo de mundo, más directamente relacionado con la narrativa de Rizal. De hecho, ya en 1883, Rizal había presentado la dirección de lo que había de venir:

Europa amenazada continuamente de una conflagración espantosa; el cetro del mundo que se escapa de las temblorosas manos de la Francia caduca; las naciones del Norte preparándose a recogerlo. Rusia, cuyo emperador tiene sobre sí la espada del nihilismo, como el antiguo Damocles, esto es Europa, la civilizada²³.

El año en que nació Rizal, Mijail Bakunin huyó hacia Europa occidental desde Siberia, donde había estado cumpliendo durante una década una condena perpetua por sus actividades conspirativas contra el imperio del zar en la década de 1840. En 1862, Turgueniev publicó *Padres e hijos*, su estudio magistral de la perspectiva y psicología de un determinado tipo de nihilista. Cuatro años después, un estudiante moscovita llamado Karakozov intentó disparar a Alejandro II y fue colgado junto a otras cuatro personas en la gran plaza pública de Smolensk²⁴. Ese mismo año, Alfred Nobel patentó la dinamita, que aunque estaba basada en un componente tan inestable como la nitroglicerina, reunía entre sus características la simplicidad de uso, una suficiente estabilidad y la facilidad de su transporte. En marzo de 1869, Sergei Nechayev, con veintidós años de edad, dejó Rusia y se encontró con Bakunin en Ginebra, donde escribió junto a éste el espectacular *Catecismo de un revolucionario*, para volver luego a Moscú algunos meses después. Bakunin mantuvo (tensas) relaciones con el líder nihilista, pese al asesinato, desgraciadamente famoso, de un seguidor estudiantil escéptico, más tarde novelado por Dostoyevski en *Los poseídos*²⁵.

Hacia finales de la década de 1870, momento en el cual pequeños grupos de narodniki habían sucedido a los nihilistas como oposición radical clandestina a la autocracia, el asesinato político, exitoso o fallido, se había vuelto bastante corriente en Rusia. Año 1878: en enero, Vera Zasulich dispara al general Fiodor Trepov, gobernador militar de San Petersburgo, sin conseguir matarlo; en agosto, Sergei Kravchinski mata a puñaladas al general Mezentsov, jefe de la policía secreta del zar. Año 1879: en febrero, Grigori Goldenberg mata de un disparo al gobernador de Jarkov, el príncipe Dmitri Kropotkin; en abril, intento fallido por parte de Alexander Soloviev de matar al zar del mismo modo; en noviembre, tentativa frustrada de Lev Hartmann de detonar el vagón imperial. Año 1880: Stepan Jalturin hace explotar con éxito parte del Palacio imperial, causando ocho muertos y 45 heridos.

²³ Carta a la familia desde Madrid, con fecha del 28 de octubre de 1883, José Rizal, *One Hundred Letters of José Rizal*, cit., p. 174. ¡España ni siquiera merece una mención!

²⁴ Para un *tableau vivant* [«cuadro viviente»], véase Ramón SEMPAY, *Los victimarios*, Barcelona, 1901, p. 5. Para un listado impresionante, véase Rafael NÚÑEZ FLORENCIO, *El terrorismo anarquista, 1888-1909*, Madrid, 1983, pp. 19-20.

²⁵ El *gropuscule* [«grupúsculo»] se llamaba, muy propiamente, *El castigo del pueblo*. Nechayev huyó de nuevo a Suiza, pero fue extraditado en 1873 y sentenciado a veinte años de prisión. En 1882, «se le encontró muerto en su celda», *à la Baader-Meinhof*.

El invento de Nobel había llegado, por lo tanto, a la arena política. Así pues, el 1 de marzo de 1881 –15 meses antes de que Rizal desembarcara en Marsella– tiene lugar el espectacular asesinato con bomba del zar, a manos de un grupo autodenominado Narodnaya Volya («La Voluntad del Pueblo»), que resuena en toda Europa²⁶. (El asesinato del presidente estadounidense Garfield pocos meses después pasó prácticamente desapercibido.)

Esta forma particular de violencia política, dirigida a jefes de Estado, dirigentes del gobierno o ministros poderosos, en realidad experimentó su auge desde finales de la década de 1890 hasta las vísperas de la Gran Guerra, con Rusia marcando todavía la pauta. Hubo muchos intentos fallidos (entre ellos, uno que le costó la vida al hermano mayor de Lenin), pero la lista de éxitos resulta a día de hoy bastante llamativa. El presidente francés Carnot (1894), el primer ministro español Cánovas (1897), la emperatriz Elizabeth de Austria (1898), el rey Umberto I de Italia (1900, preparado en Paterson, Nueva Jersey), el presidente estadounidense McKinley (1901), el rey Alexander de Serbia y su mujer (1903); el ministro del Interior ruso, conde Wenzel von Plehve (1904); el gran duque Sergei de Rusia (1905), el rey Carlos de Portugal y su hijo Luis (1908), el príncipe Ito de Japón (1909), el primer ministro ruso Stolypin (1911), el rey George de Grecia (1913) y, por supuesto, el archiduque Franz Ferdinand y su esposa en 1914. Todos los principales Estados aparecen en la lista, salvo Alemania y Gran Bretaña²⁷. Casi todos los asesinos fueron apresados y ejecutados de inmediato.

Las tempestades rusas tendrían efectos profundos en toda Europa. Simbólicamente, Bakunin, que murió en 1876, puede representar la primera de sus

²⁶ R. Sempau, *Los victimarios*, cit., pp. 66-67; Norman NAIMARK, *Terrorists and Social Democrats. The Russian Revolutionary Movement under Alexander III*, Cambridge, MA, 1983, cap. I; Derek OFFORD, *The Russian Revolutionary Movement in the 1880s*, Cambridge, 1986, cap. I; y, en especial, David FOOTMAN, *Red Prelude*, Londres, ²1968. La primera bomba no consiguió alcanzar al zar. Dándose cuenta de ello, un personaje que Sempau llama «Miguel Ivanovitch Elnikof», pero que en realidad era Ignatei Grinevitski, se acercó lo suficiente como para lanzar una segunda bomba antes de morir junto a su víctima. Un terrorista suicida prematuro, cabría decir. Un elemento valioso del libro de Footman es un apéndice biográfico de 55 activistas del Narodnaya Volya. 13 de ellos fueron ejecutados, 14 murieron en prisión, otros 14 sobrevivieron al encarcelamiento, ocho escaparon al extranjero, cuatro se suicidaron durante o después de sus *attentats* y dos empezaron a trabajar para la policía secreta.

²⁷ En realidad, hubo por lo menos un complot frustrado para matar al káiser Guillermo I en 1878, «destapado» tras una explosión en la jefatura de policía de Frankfurt. Su presunto cabecilla «anarquista», August Reinsdorf, fue rápidamente ejecutado, mientras que el jefe de policía Rumpf apareció asesinado poco después: un asunto turbio, en el que es probable que interviniera manipuladoramente Rumpf. En los años de 1883 a 1885, hubo complots con bomba en Londres contra la Torre, la estación Victoria y la Cámara de los Comunes. Véase R. Núñez Florencio, *El terrorismo anarquista, 1888-1909*, cit., p. 18. Estos «acontecimientos» aparecieron rápidamente reflejados en *La princesa Casamassima* (1886), de Henry James, y, mucho después, en *El agente secreto* (1907) y *Bajo la mirada de Occidente* (1911), de Conrad. Habría que hacer asimismo mención del asesinato feniano en mayo de 1882 de lord Cavendish, secretario general para Irlanda, y de su subsecretario, aunque su rango fuera mucho menor que el de los personajes anteriormente citados y aunque los fenianos, al igual que los nacionalistas que mataron a Franz Ferdinand, distaran mucho de ser anarquistas.

generaciones y el príncipe Piotr Kropotkin, que escapó de la prisión zarista hacia Europa occidental ese mismo año, la segunda. La palabra «anarquista», en su acepción técnico-política, se acuñó en 1877, y se extendió rápida y ampliamente, aunque era también evidente que había distintas corrientes de pensamiento, a la vez rivales y en fecundación mutua, sobre sus objetivos y métodos²⁸. El énfasis del anarquismo en la libertad y autonomía personales, su típica sospecha de toda organización jerárquica («burocrática») y su inclinación por la retórica mordaz hacía su atractivo especialmente grande bajo las condiciones políticas de dura represión imperantes en los regímenes de derecha. Para tales regímenes, resultaba más sencillo batir grandes sindicatos y partidos políticos que seguir la pista y destruir a cientos de *groupuscules* [«grupúsculos»] autónomos autocreados. La teoría anarquista desdeñaba menos a los campesinos y la fuerza de trabajo rural de lo que tendía a hacerlo por entonces el marxismo oficial. Cabría sostener, asimismo, que era más visceralmente anticlerical. Es probable que estas condiciones contribuyan a explicar que el anarquismo revolucionario se extendiera de manera más visible en países católicos todavía fundamentalmente campesinos, como la Francia posterior a la Comuna, la España de la Restauración, la Italia unificada, Cuba e, incluso, los Estados Unidos del trabajo inmigrante de la Edad de Oro, y, en cambio, prosperara mucho menos en la Europa septentrional protestante, industrial y semidemocrática.

En todo caso, a finales de la sombría década de 1870, surgió en los círculos anarquistas intelectuales el concepto de «propaganda por la acción»: ataques violentos y espectaculares contra autoridades reaccionarias y capitalistas, destinados tanto a intimidar a éstas como a animar a los obreros acobardados a volver a prepararse para la revolución. Los historiadores suelen marcar el inicio de esta nueva fase con el levantamiento casi cómicamente fallido de abril de 1877 en Benevento, al nordeste de Nápoles, organizado por Errico Malatesta, su rico amigo Carlo Cafiero (que antes había financiado a Bakunin desde las seguras orillas del lago Maggiore) y Sergei Kravchinski, conocido como Stepniak, que anteriormente se había sumado a la sublevación bosnia contra los turcos y más tarde procedería —como hemos visto— a matar al jefe de la policía secreta del zar. (A los dos italianos se les absolvió en la alegre atmósfera creada por la ascensión al trono en 1878 del joven Umberto I. El mismo ambiente permitió que el joven cocinero anarquista Giovanni Passanante se librara de un duro castigo cuando falló por muy poco en su intento de matar al joven rey con un cuchillo).

²⁸ Jean Maitron ofrece algunos datos interesantes a este respecto. La publicación teórica anarquista más importante era *Le Révolté*, de Jean Grave, editada por primera vez en febrero de 1879 en la segura Ginebra, con una tirada que ascendió de 1.300 a 2.000 ejemplares, antes de que, en 1885, Grave creyera que era posible trasladarla a París como *La Révolte*. En 1894, cuando el Estado la hizo pedazos a raíz del asesinato de Carnot, tenía una tirada de 7.000 ejemplares, con suscriptores en Francia, Argelia, Estados Unidos, Reino Unido, Suiza, Bélgica, España, Holanda, Rumania, Uruguay, India, Egipto, Guatemala, Brasil, Chile y Argentina. Ningún ruso. Su rival «apache», la satírica *Le Père Peignard*, de Émile Pouget («Bons bougres, lisez tous les dimanches»), tenía un alcance «atlántico» equiparable. Véase Jean MAITRON, *Dès origines à 1914, en Le Mouvement anarchiste en France*, vol. I, París, 1975, pp. 141-146.

llo grabado con las palabras «Viva la República Internacional»²⁹. Dos meses después del asunto de Benevento, el «camarada» Andrea Costa, un estrecho colaborador de Malatesta, dio una charla en Ginebra, teorizando la nueva «táctica». A principios de agosto, Paul Brousse publicó un artículo en el radical *Bulletin de la Fédération Jurassienne* en el que explicaba que las palabras en papel ya no bastaban para despertar la *conscience populaire* [conciencia popular]; los rusos habían demostrado la necesidad de ser igual de despiadados que el régimen zarista. Por último, el gentil Kropotkin entró en acción en la edición del 25 de diciembre de 1880 de *Le Révolté*, definiendo el anarquismo teóricamente como «la revuelta permanente por medio de la palabra, el texto, el puñal, el fusil, la dinamita... Para nosotros es bueno todo lo que no sea la legalidad»³⁰. Sólo quedaba que *Le Drapeau Noir* publicara clandestinamente el 2 de septiembre de 1883 un *Manifeste des Nihilistes Français*, en el que se afirmaba que «en los tres años de existencia de la liga, varios cientos de familias burguesas han rendido tributo mortal, devorados por una enfermedad misteriosa que la medicina es incapaz de definir y exorcizar», mientras se alentaba a los revolucionarios a seguir la campaña insinuada de envenenamiento masivo (Rizal acababa de hacer su primer viaje feliz a París unos meses antes)³¹. Éstos ya eran signos de que algunos anarquistas estaban pensando en un nuevo tipo de violencia, ya no dirigida contra los jefes de Estado, *à la russe*, sino indiscriminadamente contra todos aquellos considerados enemigos de clase.

La España de la Restauración

Ahora podemos volver al «tercer mundo» de Rizal, el de España y ese Imperio que otrora fuera vasto. (En la década de 1880, sólo quedaban Cuba, Puerto Rico, Filipinas, las islas Marianas y Carolinas, el Marruecos español y un Río de Oro tomado de Berlín ya sin oro.) En el siglo XIX, este mundo era excepcional en el zigzag de estallidos insurreccionales tanto en la metrópoli como en las colonias. (No se encontrará nada remotamente comparable hasta después de la Segunda Guerra Mundial. En el caso de Francia, la mecha la puso la victoria política de Ho Chi Minh y la victoria militar de Vo Nguyen Giap en Dien Bien Phu y la encendió la revuelta del FLN en Argelia, lo cual provocó el hundimiento de la IV República, la vuelta de De Gaulle al poder y el terrorismo revanchista de la OAS. En el caso de Portugal: los fracasos militares en Angola, Mozambique y Guinea-Bissau llevaron al golpe de Estado sin derramamiento de sangre contra la autocracia salazarista en Lisboa en abril de 1974). Mere-

²⁹ J. Joll, *The Anarchists*, cit., pp. 102-105.

³⁰ «La révolte permanente par la parole, par l'écrit, par le poignard, le fusil, la dynamite... Tout est bon pour nous qui n'est pas la légalité.» J. Maitron, *Dès origines à 1914*, cit., pp. 77-78.

³¹ «Depuis trois ans que la ligue existe, plusieurs centaines de familles bourgeoises ont payé le fatal tribut, dévorées par un mal mystérieux que la médecine est impuissante à définir et à conjurer», *ibid.*, p. 206.

ce la pena considerar brevemente los principales rasgos de este zigzag interactivo, porque era una pauta de la que José Rizal estaba perfectamente al corriente y que determinó su pensamiento.

En 1808, el futuro y detestable Fernando VII organizó un levantamiento militar en Aranjuez que consiguió su principal objetivo, la abdicación forzosa de su padre, Carlos IV. Pero Napoleón, en la cima de su poder, aprovechó la oportunidad para enviar tropas a España (ocupando Madrid), con el pretexto de una intervención importante en Portugal. Fernando VII, que se había precipitado hacia Bayona para negociar la legitimación de su sucesión con el secretario del Espíritu del Mundo, se vio inmediatamente encarcelado. José Bonaparte recibió entonces el trono español. La resistencia y la rebelión estallaron de manera casi simultánea en Andalucía y en el México de Hidalgo. En 1810, las Cortes, dominadas por los liberales, se reunieron en Cádiz y, en 1812, producirían el primer orden constitucional de España. Las colonias, entre ellas Filipinas, recibieron representación legislativa³². La derrota de Napoleón devolvió el poder de Madrid a Fernando, con el apoyo de la Santa Alianza. En 1814, el rey se negó a reconocer la Constitución, inauguró un nuevo absolutismo reaccionario y, pese a la ruina económica, intentó detener las revoluciones americanas, cuyos dos principios fundamentales eran el nacionalismo y un liberalismo reprimido en España. Fernando fracasó por completo en la América continental española, pero conservó la lealtad de los peninsulares y criollos dueños de esclavos en el Caribe español, que se hallaba fuera de la órbita carismática de Bolívar y petrificado por el éxito de la revolución esclava de Haití. ¿Y Filipinas? La insurrección de Sarrat de 1815, en el rincón noroccidental de Luzón, habitado por los ilocanos, se reprimió con rapidez y violencia. En 1820, sin embargo, una revuelta militar en Andalucía, encabezada por el alcalde de Cádiz, obligó a Fernando a aceptar brevemente un orden constitucional liberal. Pero el Londres de Castlereagh, la Viena de Metternich, el San Petersburgo de Alejandro I y el pariente de Fernando en París no iban a consentir nada de esto. Una expedición militar francesa restauró la autocracia en 1823, al alcalde de Cádiz lo ahorcaron, destriparon y descuartizaron y se ejecutó, encarceló brutalmente u obligó a huir para salvar la vida a cientos de liberales y republicanos. Ese mismo año, y en respuesta a estos acontecimientos en la metrópoli, se produjo el Motín Novales entre los militares de la colonia, encabezado por criollos, que estuvo a un paso de tomar Manila y lo habría hecho de no haberse visto traicionado desde dentro³³.

³² Filipinas mantuvo esta representación en todos los «momentos constitucionales» siguientes, hasta que, en 1837 –mucho después del hundimiento del Imperio sudamericano–, se le arrebató este derecho. Rizal le contó a su amigo Blumentritt que, de hecho, su abuelo materno se había sentado como representante filipino en esa asamblea legislativa metropolitana. Véase la carta del 8 de noviembre de 1888, desde Londres, en *The Rizal-Blumentritt Correspondence, 1886-1889*, vol. 1, cit., tercera página sin número después de la p. 268.

³³ Daniel George Edward HALL, *A History of South-East Asia*, Londres y Nueva York, ³1968, p. 721. Para detalles sobre estos disturbios, organizados generalmente por criollos, véase M. Sarkisyanz, *Rizal and Republican Spain*, cit., pp. 76-79.

Es posible detectar con facilidad una coyuntura comparable en los años 1868-1874. En septiembre de 1868, un golpe civil-militar, en el que el general Prim y Prats, el maquiavélico político liberal Práxedes Sagasta y el republicano radical de aptitudes conspirativas Ruiz Zorrilla eran actores decisivos, derrocó el régimen de la reina Isabel II. Ya hemos visto las consecuencias de esta «explosión» en Cuba y en Filipinas. Pero, en la propia España, los siguientes seis años estuvieron marcados por una extraordinaria turbulencia política. El asesinato de Prim y Prats a finales de 1870 condenó la monarquía de Amadeo de Saboya, conduciendo a la proclamación de la primera República española el 11 de febrero de 1873. El nuevo régimen no duró en realidad más que 11 meses –durante los cuales pasó por las manos de cuatro presidentes rotatorios estilo suizo– hasta que intervinieron los generales (guiados entre bastidores por el astuto político conservador andaluz Antonio Cánovas del Castillo), disolviendo las Cortes en enero de 1874 y restaurando la monarquía borbónica en la persona de Alfonso XII a finales de aquel año. Entre los principales motivos de esta *démarche* estaba, como cabría haber conjeturado, la amenaza inminente que suponía la revuelta cubana de Céspedes para la integridad de lo que quedaba del antiguo imperio español. Entretanto, sin embargo, se produjo una extraordinaria efervescencia durkheimiana en la esfera pública española. Por un breve lapso de tiempo, los republicanos fueron legales por primera vez desde que se tenía memoria. El radicalismo bakuniniano y marxiano logró hacerse con sus primeros enclaves y en el movimiento político «cantonalista» de 1873, de gran alcance popular, por una descentralización radical de la forma de gobierno, muchos jóvenes anarquistas y otros radicales tuvieron su primera experiencia de política abierta y de masas. (Tampoco era éste el fin de la cadena de zigzags, como veremos. La insurrección de Martí en Cuba a principios de 1895, que también tuvo sus antecedentes en la Barcelona anarquista, alentó la sublevación de Andrés Bonifacio en Filipinas en agosto de 1896, contribuyó a sentenciar a muerte a Rizal cuatro meses más tarde y, en 1897, condujo al asesinato de Cánovas a manos de un joven anarquista italiano.)

Con este trasfondo, podemos ahora considerar la España de la Restauración tal y como Rizal la encontró a principios de la década de 1880. A su político principal, Cánovas, le gustaba decir que era un gran admirador del gobierno parlamentario británico y procedió a poner en marcha, con la ayuda de Sagasta, una peculiar parodia del duunvirato de Gladstone y Disraeli. Schumacher ha descrito con gran concisión este régimen corrupto y caciquil que duró en esencia hasta finales de siglo:

[A]mbos dirigentes permitían que todo el sistema se viciara con elecciones amañadas [...]. Cuando llegaban crisis más graves que había que resolver, cada uno entregaba el poder al otro y el gobierno sucesor procedía *entonces* a amañar unas elecciones en las que salía electa una minoría respetable de candidatos, con unos cuantos republicanos y carlistas destacados para dar verosimilitud a las Cortes³⁴.

³⁴ J. N. Schumacher, *The Propaganda Movement, 1880-1895*, cit., pp. 21-22. La cursiva es mía.

El Disraeli español gobernó durante los periodos 1875-1881, 1890-1892 y 1895-1897, mientras que «Gladstone» ocupó los periodos entre medias. Como era de esperar, las peores oleadas represivas en territorio nacional y colonial se produjeron bajo Cánovas, mientras que, por lo general, las tímidas reformas se llevaron a cabo bajo Sagasta.

El poder de los frailes

Para lo que viene a continuación, resulta crucial comprender la política de Canovas hacia la Iglesia española, por regla general reaccionaria. En 1836, el primer ministro Juan Mendizábal había decretado y llevado a cabo la expropiación de todas las propiedades de las órdenes religiosas en España; y durante el Glorioso 1868, Antonio Ortiz, ministro de Gracia y Justicia, había abolido las propias órdenes —en la España metropolitana—. Mendizábal no era un Thomas Cromwell: se «compensó» a las órdenes incluyéndolas en la nómina del Estado. Las propiedades clericales se ofrecieron a subasta pública y, en especial en la Andalucía rural rica, quedaron en manos de miembros de la nobleza, altos funcionarios y oficiales del ejército y burgueses acaudalados, muchos de ellos absentistas. A la explotación relativamente leve de la Iglesia, le sucedieron los métodos implacables de la agroindustria; cientos de miles de campesinos perdieron su acceso a la tierra y creció el número de indigentes, de jornaleros medio hambrientos y de los «bandidos» por los que la región se hizo famosa después de 1840. El andaluz Cánovas no hizo nada por echar atrás lo que había decretado Mendizábal, aunque buscó y se aseguró un sólido respaldo de la Iglesia contra la creciente ola de liberalismo, masonería, republicanismo, socialismo y anarquismo³⁵. (Fue él quien, en 1884, envió a la policía a la Universidad Central a petición de los obispos.) Tampoco restauró la posición independiente de las órdenes, las cuales, al fin y al cabo, eran responsables ante Roma y no ante él. Pero había una sorprendente excepción a todos estos cambios y se trataba de la Filipinas colonial.

Había comenzado siglos antes, en la época de Felipe II. Al envejecido monarca le había remordido lo bastante la conciencia a raíz de las revelaciones de De las Casas y otros sobre los estragos inhumanos causados por los conquistadores en las Américas como para decidir confiar en gran parte su última gran adquisición imperial a las órdenes, que, de hecho, gestionaban la conversión relativamente pacífica del grueso de la población local. La remota Filipinas no tenía atractivos «laicos» comparables a los de Potosí, de modo que las órdenes dirigieron en gran medida la colonia, sobre todo fuera de Manila. Con el paso del tiempo, en especial los dominicos y agustinos adquirieron vastas propiedades, tanto en bienes raíces en Manila como en la agricultura *haciendera*. Además, desde el principio, las órdenes habían insistido en llevar adelante la conversión a

³⁵ Sobre Mendizábal y Ortiz, véase *ibid.*, p. 134, nota 16. En términos más generales, sobre las consecuencias de la confiscación de las propiedades de las órdenes, en especial en Andalucía, véase J. Bécarud y G. Lapouge, *Anarchistes d'Espagne*, cit., pp. 14-20.

través de las docenas de lenguas nativas (sólo así sería la conversión profunda y sincera), que intentaban aprender diligentemente. Este monopolio del acceso lingüístico a los nativos les proporcionaba un poder enorme que ningún otro grupo seglar compartía; plenamente conscientes de ello, los frailes se opusieron con persistencia a la extensión de la lengua española. Incluso en la época de Rizal, se estima que sólo alrededor del 3 por 100 de la población del archipiélago tenía algún dominio de la lengua metropolitana, algo inusitado en el Imperio español (con la excepción parcial del Paraguay ex jesuita). En el siglo XIX, la clase política española entendía muy bien esta situación y quizá estaba en lo cierto al creer que, sin las órdenes, el dominio español en Filipinas se hundiría. Por lo tanto, los seminarios controlados de forma exclusiva por las órdenes toleradas en España después de la época de Ortiz estaban ahí simplemente para proporcionar nuevos frailes jóvenes para Filipinas. Al mismo tiempo, muchos frailes, traumatizados por su «defenestración» en España, partían en busca de seguridad y poder en el otro lado del mundo. Así pues, en la era de Cánovas, el poder de los frailes era tan peculiar de Filipinas como la esclavitud lo era de Cuba. Pero (gracias a Sagasta) la esclavitud se abolió por fin en 1886, mientras que, en Manila (sin la ayuda de Sagasta), el poder de los frailes no se vio seriamente minado hasta el hundimiento de todo el sistema en 1898. Desde otro punto de vista, es evidente que los activistas anticoloniales filipinos se enfrentaban de manera inevitable a una dura elección que no estaba abierta ni para los cubanos ni para los puertorriqueños: rechazar el español o extenderlo. Veremos más adelante cómo esta cuestión determinó la narración de *El filibusterismo*.

Internationale

Cuando el capitán general Izquierdo, alarmado, sospechaba que las maquinaciones de la Internacional estaban detrás de la extraordinaria huelga del otoño de 1872, ¿qué es lo que hacía esta idea plausible a sus ojos? Después de que la reina Isabel dejara Madrid en septiembre de 1868, Bakunin se demostró mucho más vivo que Marx. Envío inmediatamente a su amigo italiano, ex mazzinista y ex garibaldista, Giuseppe Fanelli a Barcelona y a Madrid para inspirar y organizar a los activistas radicales locales «más avanzados». Pese a que Fanelli no sabía español, tuvo un efecto fuerte e inmediato. El Centro Federal de las Sociedades Obreras se constituyó a principios del año siguiente y envió dos delegados bakuninistas para engordar la mayoría de rusos en el congreso de Basilea de la Internacional en septiembre³⁶. A principios de 1870, la Federación Regional Español-

³⁶ Los dos primeros congresos de la Internacional, celebrados en la pacífica Suiza en 1866 y 1867, se habían desarrollado sin apenas altercados, con Marx ocupando la posición central. Pero la influencia de Bakunin se dejó sentir ya con fuerza en el tercer congreso en Bruselas en 1868 y los bakuninistas formaban una mayoría en el cuarto congreso en Basilea. El quinto congreso iba a reunirse en París, pero Sedán lo hizo imposible. Para cuando se celebró finalmente, en 1872 en La Haya, estaba dividido por completo. El año de la muerte de

la (FRE), la sección española de la Internacional, estaba ya publicando *La Solidaridad* y, algo después, celebró su primer y único congreso en una Barcelona que comenzaba una incipiente industrialización³⁷.

Entretanto, el yerno cubano de Marx, Paul Lafargue, que había participado en la Comuna en París pero que luego se había trasladado a Burdeos para ampliar el apoyo a los rebeldes parisinos, acabó huyendo por los Pirineos con su familia (su hijo recién nacido murió en el camino)³⁸. Una vez establecido en Madrid en junio de 1871, bajo el alias de Pablo Fargas, siguió las instrucciones de Marx de combatir la influencia de los bakuninistas. Pero ya era demasiado tarde. En diciembre, las Cortes prohibieron la Internacional. Durante el año aproximado que Lafargue estuvo en España, no tuvo suerte en la Barcelona bakuninista, pero ayudó a poner en marcha un grupo marxista en Madrid. Lafargue era el único delegado «español» partidario de Marx en el desastroso quinto congreso de la Internacional celebrado en La Haya en 1872. Hasta 1879 no se constituyó un Partido Marxista Socialista semiclandestino y éste no se anunció públicamente hasta principios de la década de 1880, con Sagasta en el gobierno. Su órgano, *El Obrero*, se publicó por primera vez en 1882³⁹. Pasarían muchos años antes de que se convirtiera en un actor central en la política de la izquierda española. No hay ninguna razón especial para pensar que Rizal oyera alguna vez hablar de él siendo estudiante en Madrid.

Pero sin duda estaba perfectamente al corriente del posterior desarrollo de los acontecimientos y encontraremos rastros de ello en *El filibusterismo*. Al régimen de represión de Cánovas, de seis años de duración, le siguió uno más moderado y permisivo, con Sagasta el frente, en 1881, muy poco después del asesinato de Alejandro II y después de que un encuentro de varios anarquistas en Londres hubiera decidido confirmar la necesidad de la «propaganda por la acción» violenta. El cambio de gobierno en España permitió que la máxima dirección de la FRE, mayoritariamente catalana, creyera que la vía estaba ahora abierta para una organización más amplia y legal de la clase obrera y, en septiembre, sustituyó la FRE por la FTRE (Federa-

Bakunin la Internacional se disolvió, aunque los congresos bakuninistas siguieron celebrándose hasta 1877. Véase el relato conciso en J. Maitron, *Le Mouvement anarchiste en France*, vol. I: *Dès origines à 1914*, cit., pp. 42-51.

³⁷ George ESENWEIN, *Anarchist Ideology and the Working Class Movement in Spain, 1868-1898*, Berkeley, 1989, pp. 14-18; J. Bécarud y G. Lapouge, *Anarchistes d'Espagne*, cit., pp. 27-29.

³⁸ ¿Cómo un cubano llevaba tan bien un nombre francés? Los abuelos por ambas partes eran «haitianos franceses» y se habían trasladado a Cuba para huir de la revolución de Toussaint. Uno de los abuelos (Lafargue) era un pequeño hacendado propietario de esclavos y el otro (Abraham Armagnac), un comerciante judío. Una de las abuelas era una mulata haitiana y la otra, una caribeña jamaicana. Tanto Paul como sus padres nacieron en Santiago de Cuba. La familia volvió al Burdeos natal de uno de los abuelos en 1851, huyendo en esta ocasión de la rebelión cubana y de la represión española. Paul llevaba un pasaporte español y era bilingüe; sabía francés y español.

³⁹ J. Bécarud y G. Lapouge, *Anarchistes d'Espagne*, cit., pp. 29-34; David ORTIZ, Jr., *Paper Liberals, Press and Politics in Restoration Spain*, Westport, CT, 2000, p. 58.

ción de Trabajadores de la Región Española). Como esta política divergía de las resoluciones radicales aprobadas en Londres, hicieron lo que pudieron por mantener en secreto estas decisiones. Pero las noticias se filtraron de todas maneras. Pese al espectacular aumento en el número de afiliados —58.000 personas en un año—, la tensión creció rápidamente entre los «legalistas» de la Barcelona industrial y los radicales, que tenían su base en la Andalucía rural. En el congreso de 1882 en Sevilla, la mayoría de andaluces se separó para formar un grupo al que llamaron Los Desheredados. El año 1883 fue en cualquier caso difícil. La crisis económica se había instalado en todo el mundo, con consecuencias especialmente duras en Andalucía, donde el hambre y la pauperización crecían a gran velocidad. Además, Cánovas volvió al poder. Una nueva oleada de incendios provocados y robos recorrió toda la región natal del primer ministro, causando verdadero pánico en muchos lugares⁴⁰. La policía detuvo y torturó a cientos de personas, anarquistas, campesinos y bandidos, afirmando poco después haber destapado una enorme conspiración insurreccional secreta llamada La Mano Negra⁴¹. Lejos de ofrecer su apoyo, la FTRE, con la esperanza de eludir la represión, se disoció firmemente de lo que calificó de actividades criminales. Esta postura no sirvió de mucho y la organización fue deteriorándose sin tregua hasta su disolución en 1888⁴². Veremos que el espectro de La Mano Negra y del pánico andaluz aparecen reflejados en la segunda parte de *El filibusterismo*.

El regreso a casa de Rizal

Sagasta recuperó el poder en 1885 y lo mantuvo hasta 1890. Este gobierno fue el que por fin abolió la esclavitud en Cuba, promulgó una ley de asociaciones bastante liberal que permitió que los radicales empezaran a organizarse legalmente de nuevo y amplió de manera importante la libertad de prensa. Incluso hizo algunos intentos serios de introducir reformas en Filipinas. En 1887, el Código Penal español se extendió al archipiélago, seguido en 1889 de una extensión similar del Código Mercantil, la ley sobre justicia administrativa y el Código Civil españoles, salvo en lo que respectaba al matrimonio (la Iglesia de Filipinas insistía implacablemente en esto). Pero justo en julio de 1885, Rizal abandonó España más o menos para siempre, dirigiéndose hacia Francia y Alemania, donde se dedicaría a proseguir sus estudios en medicina y a terminar su primera novela. Cuando se publicó ésta

⁴⁰ De acuerdo con J. Bécarud y G. Lapouge, *Anarchistes d'Espagne*, cit., p. 36, hubo una oleada anterior parecida en 1878-1880.

⁴¹ Ramón Sempau observó que entonces «se renovaron prácticas olvidadas [esto es, de la época de la Inquisición]». R. Sempau, *Los victimarios*, cit., p. 275. Dos célebres novelas españolas, publicadas un cuarto de siglo después, bajo un régimen liberalizado, proporcionan magníficas evocaciones de los ambientes «subterráneos» de Barcelona y Andalucía en este periodo: *Aurora roja*, de Pío Baroja, y *La bodega*, de Vicente Blasco Ibáñez, ambas editadas originalmente en Madrid en 1905.

⁴² Véase la sucinta descripción de estas evoluciones en R. Núñez Florencio, *El terrorismo anarquista, 1888-1909*, cit., pp. 38-42.

en la primavera de 1887, Rizal decidió que había llegado la hora de volver a Filipinas. Fue a Austria para encontrarse por primera y última vez con su corresponsal favorito, Blumentritt, recorrió Suiza, visitó Roma y zarpó rumbo al sudeste asiático desde Marsella, para llegar a su país natal el 5 de agosto. (Sin embargo, apenas seis meses después, volvió a partir hacia Europa.)

Al volver al poder por segunda vez, Sagasta nombró un nuevo capitán general en Filipinas, relativamente moderado, el teniente general Emilio Terrero y Perinat, que, a su vez, confiaba en gran medida en dos subordinados anticlericales competentes, ambos masones: el gobernador civil de Manila, José Centeno García, un ingeniero de minas con simpatías republicanas y veinte años de experiencia en Filipinas, algo poco común, y el director general de la Administración civil, Benigno Quiroga López Ballesteros, un hombre más joven que otrora había sido diputado liberal en las Cortes. (Centeno aparecerá en *El filibusterismo*, sin que se dé su nombre pero con todos los honores.) Estos dos hombres aplicaron enérgicamente leyes que quitaban la justicia municipal de manos de los alcaldes y la ponían bajo la responsabilidad de nuevos jueces de paz y, asimismo, reasignaron los poderes judiciales de los gobernadores provinciales a jueces de primera instancia. El efecto que perseguían ambas medidas era reducir el poder de los frailes, que tradicionalmente habían mantenido un dominio indiscutible sobre el gobierno local a través del poder ejecutivo local⁴³.

Las noticias de *Noli me tangere* (y algunos ejemplares) habían precedido a Rizal en su regreso a casa y se encontró rodeado de fama, buena o mala. Las órdenes y el arzobispo de Manila exigieron que se prohibiera el libro por herejía, subversión y calumnia y que se castigara al autor como era debido. Pero, quizá para su propia sorpresa, Rizal fue llamado a un *tête-à-tête* con el propio Terrero, que declaró querer leer la novela y pidió un ejemplar. No sabemos lo que el capitán general pensó de ella, pero la novela no se prohibió bajo su mandato⁴⁴. Después de unos días en Manila, Rizal volvió a su casa de Calamba, para estar con su familia y abrir un consultorio médico. Entonces, sus múltiples enemigos se pusieron manos a la obra. En una carta a Blumentritt del 5 de septiembre de 1887, Rizal escribía: «Recibo amenazas todos los días [...]. Mi padre no me deja nunca ir a dar un paseo solo o a cenar con otra familia. El viejo está aterrado y tiembla. La gente me toma por un espía o un agente alemán; dicen que soy un agente de Bismarck, un protestante, un masón, un brujo, un alma medio en pena, etc. De modo que me quedo en casa»⁴⁵.

⁴³ Compárese L. M. Guerrero, *The First Filipino: A Biography of José Rizal*, cit., pp. 178-180, con J. N. Schumacher, *The Propaganda Movement, 1880-1895*, cit., pp. 109-114.

⁴⁴ L. M. Guerrero, *The First Filipino: A Biography of José Rizal*, cit., p. 180.

⁴⁵ «Man droht mich jeden Tag [...] Mein Vater lässt mich nie allein spazieren, noch bei einer anderen Familie essen; der Alte fürchtet und zittert. Man hält mich für einen deutschen Espion oder Agent; man sagt ich sei Bismarck Agent, Protestant, Freimason, Zauberer, Halbverdamnte Seele u.s.w. Darum bleibe ich zu Hause», *The Rizal-Blumentritt Correspondence, 1886-1889*, vol. 1, cit., quinta página sin número después de p. 133. Bismarck era un ogro

Cosas peores estaban por venir. Como señalamos antes, la riqueza familiar de Rizal se basaba en las extensas tierras que arrendaban de la *hacienda* dominica local. Desde la época de la crisis económica de 1883-1886, los frailes habían empezado a subir los arriendos una enormidad, pese a que los precios del azúcar en el mercado mundial se estaban hundiendo. Además, se apropiaron de otras tierras a las que, según creían los habitantes de Calamba, no tenían legítimo derecho. En torno a la fecha del regreso de Rizal, varios arrendatarios, entre los que se encontraban familiares de Rizal, dejaron de pagar el arriendo y pidieron a Manila que interviniera en su favor. En la sospecha de que los dominicos estaban evadiendo impuestos, Terrero envió una comisión para investigar, pero luego no hizo nada. A esas alturas, los frailes habían pasado al ataque, consiguiendo órdenes judiciales para desalojar. A la familia de Rizal se la eligió deliberadamente como principal objetivo. Ambas partes fueron subiendo los escalones de la jerarquía legal durante los siguientes cuatro años, llegando incluso al Tribunal Supremo en España, pero, como era de esperar, ganaron los dominicos. En el ínterin, miembros de la familia de Rizal fueron desalojados de sus casas y otros habitantes de Calamba recalcitrantes recibieron pronto el mismo trato. Para entonces, todo el mundo aconsejaba a Rizal abandonar el país, ya que sobre él recaían las sospechas de haber dirigido la resistencia.

A principios de 1888, el mandato de Terrero tocó a su fin y el gobierno de Sagasta, bajo fuertes presiones políticas de los conservadores en territorio nacional y en la colonia, tomó la fatídica decisión de nombrar en su lugar al general Valeriano Weyler, un hombre con una reputación de «severidad» desde La Habana —y que más tarde, a mediados de la década de 1890, se granjearía fama mundial como el «Carnicero de Cuba»⁴⁶. Rá-

para los círculos clericales a causa de su *Kulturkampf* [«batalla cultural»] de toda la década de 1870, dirigida a obligar a los católicos alemanes a ser fieles al Reich antes que a ninguna otra instancia. (Ésta era en parte su reacción ante la promulgación de la Infalibilidad del Papa.) Pero además había un miedo más extendido a sus planes sobre la Oceanía española. Parece que, en 1885, el *Reichskanzler* [«canciller del Imperio»] había anunciado que la armada imperial garantizaría la seguridad de los empresarios alemanes en las Carolinas. A toda prisa, se enviaron tropas españolas para reprimir toda resistencia en las islas a la plena imposición de la soberanía de Madrid. En *El filibusterismo*, el buen estudiante Isagani expresa su fuerte simpatía por los *insulares* (cap. XXIV, «Sueños»).

⁴⁶ Weyler (n. 1838) pasó casi la totalidad de los primeros diez años de su carrera (1863-1873) en el Caribe. Se recordará que la I República Dominicana se separó con éxito de Haití en 1844, pero en 1861, a iniciativa del presidente Pedro Santana, volvió a incorporarse al Imperio español. En 1863, estalló una revuelta popular —ayudada por Haití— contra esta «traición». Weyler se encontraba entre los primeros jóvenes oficiales enviados desde Cuba para aplastar la insurrección. Dos años después, presionada por Estados Unidos y por las derrotas militares, Madrid se vio obligada a retirar sus tropas y reconocer la II República Dominicana. Weyler se construyó su reputación de oficial excepcional (fue el hombre más joven de su época en alcanzar el rango de general) gracias a sus éxitos contra la revuelta de Céspedes en Cuba. Se ganó el apodo del *sanguinario* dirigiendo despiadadas unidades de *cazadores*, formadas por voluntarios delincuentes o de los bajos fondos. Hasta un ferviente admirador reconoce que mató más prisioneros que ningún otro oficial español. A su regreso a Madrid, se le asignó la tarea de aplastar las fuerzas carlistas en Valencia y la acometió con éxito, sin recurrir a métodos similares a los cubanos. Véase la hilarante hagiografía *fran-*

pidamente, se destituyó o trasladó a los consejeros liberales de Terrero. En 1891, Weyler sería el hombre que «resolvería» por fin el problema de la terquedad de los arrendatarios en Calamba, enviando un destacamento de artilleros para que incendiara y arrasara varias casas y desalojara por la fuerza los terrenos ocupados «ilegalmente». En *El filibusterismo* aparece Weyler, sin que se dé su nombre, como blanco central de la bomba con forma de granada enjorada de Simoun. No resulta sorprendente, por lo tanto, que Rizal postergara su regreso definitivo a Filipinas hasta después de que se acabara el mandato del general.

La formación de un filibustero

La decisión de Rizal de vivir en Londres a su regreso a Europa estaba animada por la inestimable colección de documentación del British Museum. Estaba perfectamente al corriente por periódicos y revistas de la ola creciente de nacionalismo en el seno de los imperios dinásticos de Europa, por no hablar de Cuba, el Imperio otomano y Oriente. Centrales para la articulación de todos estos nacionalismos eran los esfuerzos de folcloristas, historiadores, lexicógrafos, poetas, novelistas y músicos por resucitar pasados gloriosos que se escondían tras presentes humillantes y, en especial a través de la sustitución de las lenguas imperiales por las lenguas vernáculos locales, construir y consolidar identidades nacionales. Rizal no había olvidado en ningún momento su primera conmoción al verse identificado por error como chino, japonés o *americano* y darse cuenta de que su país era en el fondo desconocido en Europa. Además, era consciente de que, a diferencia, por ejemplo, de Malaya, Birmania, India, Ceilán, Camboya y Vietnam, en su país ningún testimonio escrito precolonial había sobrevivido a la conquista europea. La historia existente de Filipinas era el producto de los miembros de las órdenes o, más tarde, de los conservadores españoles racistas. La competencia con Isabelo de los Reyes, algo mayor, cuya obra de referencia *El folk-lore filipino* había ganado sorprendentemente un premio en la Exposición de Madrid de 1887⁴⁷, estimulaba su interés a este respecto. En el British Museum encontró lo que andaba buscando: un ejemplar muy raro de *Sucesos de las Islas filipinas*, del Dr. Antonio de Morga, publicada en México en 1609. (Morga había llegado a Filipinas en 1595, con treinta y cuatro años de edad, para ocupar los cargos de presidente de la Audiencia de Manila y teniente gobernador. Era una anomalía en su tiempo, un oficial colonial de honestidad austera cuyo punto de vista, lleno de realismo, no estaba enturbiado por prejuicios clericales.) Tras copiar este libro laboriosamente a mano, Rizal

quista escrita por el general Hilario Martín Jiménez, *Valeriano Weyler, de su vida y personalidad, 1838-1930*, Santa Cruz de Tenerife, 1998, caps. 2-6 y, en especial, sobre los prisioneros muertos, p. 247.

⁴⁷ Sobre esta obra fascinante y pionera, véase mi «The Rooster's Egg», *New Left Review* 2 (marzo-abril de 2000); «El huevo del gallo», *New Left Review* (julio-agosto de 2000). Nos detendremos prolijamente en Isabelo en la tercera parte de esta serie.

decidió reeditarlos con amplias anotaciones y comentarios de su puño y letra, en su mayoría dirigidos a demostrar, en contraposición con las crónicas clericales, la fiabilidad de la descripción de Morga de la sociedad nativa, por lo general favorable: su grado de civilización, su productividad pacífica y sus relaciones comerciales con China, Japón y regiones del sudeste asiático. Consiguió publicar el libro con Garnier en París, oficialmente en 1890, pero en realidad a finales de 1889⁴⁸.

Aunque el Morga de Rizal no se leyera mucho entonces, ni tampoco con posterioridad, representa claramente un punto de inflexión en su propia trayectoria política. Se estaba convirtiendo en un *filibustero*, un patriota decidido de un modo u otro por la plena independencia de su país. (Como veremos, *El filibusterismo* muestra esta nueva postura con extrema nitidez.) Una de las consecuencias –dado el prestigio que se había ganado entre los filipinos con *Noli me tangere* y un torrente de artículos de escritura convincente publicados en varios periódicos republicanos en España– fue un cisma creciente dentro de la comunidad filipina extranjera en la metrópoli. Incluso durante sus días de estudiante en España, Rizal había criticado con frecuencia a sus compatriotas en el país por su frivolidad, su pasión mujeriega, su banalidad, su afición a difundir chismorreos, su alcoholismo, etc. Aunque conservó a algunos amigos íntimos en la metrópoli, sus años alejado en Europa septentrional habían ahondado su irritación y su sensación de distancia.

Sin embargo, hubo un momento interesante de reconvergencia parcial. A finales de 1888, un grupo de los filipinos más serios instalados en España decidió aprovechar la ley de liberalización del espacio político promulgada por Sagasta en 1887 para constituirse en una nueva organización política activa y publicar su propio periódico, que se llamaría *La Solidaridad*. La atmósfera de Barcelona contribuyó de modo importante a la toma de estas decisiones. El influyente periódico anarquista *La Acracia* ya había empezado a publicarse en Barcelona, al mismo tiempo que en Madrid el Partido Socialista (marxista) de Pablo Iglesias sacaba *El Socialista*. En 1887, los anarquistas barceloneses consiguieron tener por fin su propio diario, *El Productor*⁴⁹. Las organizaciones republicanas y anarquistas estaban proliferando junto con muchas otras. Las iniciativas filipinas se centraron gra-

⁴⁸ En su *The First Filipino: A Biography of José Rizal*, Guerrero desarrolla un largo e interesante análisis tanto sobre el original de Morga como sobre las anotaciones de Rizal (pp. 205-223). Hay que decir que algunos de los amigos más íntimos de Rizal, como Blumentritt y el pintor Juan Luna, le insinuaron en privado que su patriotismo le había llevado a exageraciones. De los Reyes se mostró cortésmente crítico en público por los mismos motivos.

⁴⁹ Véase D. Ortiz, Jr., *Paper Liberals, Press and Politics in Restoration Spain*, cit., pp. 57-60. Ortiz comenta que estas producciones, así como la posterior *La Revista Blanca*, demuestran que la prensa anarquista viva «superaba a la prensa socialista en rigor intelectual, circulación y longevidad». Asimismo, señala la nueva y enorme popularidad de los círculos de lectura, en los que –dada la extensión del analfabetismo entre la clase obrera de Barcelona– unos lectores leían en voz alta fragmentos de la prensa. Resulta bastante sorprendente que dos *El Productor* aparecieran el mismo año, uno en Barcelona y otro en La Habana, bajo la dirección editorial del enérgico anarquista catalán Enrique Roig y San Martín, cuyo Círculo de Tra-

cias a la llegada en enero de 1889 de Marcelo del Pilar, el político filipino más capaz de su generación. El hermano mayor de Del Pilar, un sacerdote nativo, había sido detenido y deportado a las islas Marianas durante la represión de Izquierdo de 1872 y Marcelo fue un ágil organizador nacionalista y antifrailes bajo el mandato permisivo de Terrero, Centeno y Quiroga. Pero, tras la llegada de Weyler, comprendió que era un hombre marcado y, por lo tanto, huyó a España. Inmediatamente, se hizo cargo de la dirección de los activistas filipinos y de su nuevo periódico, que se acabó trasladando a Madrid en un intento de acercamiento al centro del poder estatal. A partir de aquel momento, hasta su triste muerte aquejado por la pobreza en Barcelona en julio de 1896, no dejaría nunca España.

Aunque el objetivo de Del Pilar era sin duda la independencia filipina definitiva y aunque promovía activamente estrechos lazos con Manila y alentaba la organización allí, estaba convencido de que los primeros pasos fundamentales necesarios debían darse en la propia España. Había que presionar por todos los medios disponibles a los consejos de ministros «liberales», así como a los miembros liberales y republicanos de las Cortes, para crear los espacios institucionales en los que poder alcanzar con el tiempo la independencia, a la vez que se ocultaba lo máximo posible este objetivo final. Los pasos tácticos que había que dar pasaban básicamente por ponerse al día con el *status* de Cuba, a través de un programa de asimilación. Cuba contaba con representación en las Cortes, pero Filipinas, como hemos visto, había perdido este derecho en 1837. Después de la abolición de la esclavitud en 1886, Cuba tenía en esencia el mismo sistema legal que España. La colonia caribeña era de habla española, su sistema educativo era en esencia laico y dependiente del Estado y el poder político de la Iglesia era relativamente pequeño. Aunque Del Pilar era un escritor consumado en tagalo (más que Rizal, de hecho) y aunque en privado discutía la política lingüística en una Filipinas independiente futura, estaba seguro de que en esta fase sólo la asimilación y la hispanización crearían la atmósfera política en la que Madrid permitiría que Filipinas adoptara el *status* político de Cuba. Obligar a aceptar un sistema educativo serio, en español y financiado por el Estado, tendría además el efecto de destruir las bases del peculiar dominio de las órdenes en su país⁵⁰.

bajadores también distribuía una revista bimensual bakuninista llamada *Hijos del Mundo*. Debo esta información a un artículo inédito de Evan DANIEL, «Leaves of Change: Cuban Tobacco Workers and the Struggle against Slavery and Spanish Imperial Rule, 1880s-1890s», 2003, pp. 23-24. Mi agradecimiento a Robin Blackburn (y a Evan Daniel) por dejarme leerlo. Daniel cuenta que *El Productor* de La Habana reeditaba con regularidad artículos de *La Acracia* de Barcelona (así como traducciones de *Le Révolté* y otras publicaciones anarquistas no españolas), pero no menciona a su doble de Barcelona, algo que resulta desconcertante. Daniel también hace hincapié en la enorme importancia de los *lectores* para la gran cantidad de trabajadores del tabaco analfabetos. Todo esto deja ver un impresionante contraste entre La Habana y Manila en este periodo: en Cuba podía florecer una prensa anarquista legal y pujante, mientras que en Filipinas jamás se habría tolerado nada remotamente comparable.

⁵⁰ En *The Propaganda Movement, 1880-1895*, Schumacher proporciona una descripción inteligente y por lo general comprensiva de la vida, ideas, objetivos y actividades políticas

Aunque diferentes en extremo en temperamento y talento, Rizal y Del Pilar se respetaban mutuamente y, durante un tiempo, Rizal escribió con energía para el nuevo periódico. Pero bastante pronto, en parte como consecuencia de las intrigas y envidias entre los activistas menores, se distanciaron. Después de febrero de 1891, Rizal anunció que ya no escribiría más para *La Solidaridad*, aunque siempre le daría su apoyo moral. El novelista estaba cada vez más seguro de que la campaña asimilacionista era fútil en su totalidad. Desde un punto de vista político, la representación cubana en las Cortes carecía de sentido bajo el sistema electoral corrupto Cánovas-Sagasta. No había impedido que España continuara explotando despiadadamente la producción cubana a través de aranceles manipulados, monopolios y el sometimiento a los intereses empresariales vascos y catalanes. De hecho, Cuba estaba tan insatisfecha con la «asimiliación» que, justo como temía Madrid, la reivindicación ahora era de autonomía: un gobierno autónomo efectivo, que apuntara en dirección de esa independencia que la mayor parte de la América española había conquistado hace más de medio siglo. Además, Rizal creía que no había en absoluto posibilidades, a finales del siglo XIX, de convertir a millones de filipinos en hispanoparlantes asimilados. El hecho de que Sagasta enviara al brutal Weyler a Manila en 1888 y su propia sustitución por Cánovas en 1890 ahondaron más aún su convicción de que no se podía conseguir nada en España. El trabajo de emancipación habría de hacerse en casa.

Con este estado de ánimo, se trasladó Rizal a Bélgica, donde el coste de la vida se ajustaba mejor a sus exiguos recursos y donde se decía que la publicación era más barata que en los grandes Estados circundantes. Allí, trabajó en *El filibusterismo*, para verlo pasar por imprenta con gran excitación en agosto de 1891, después de lo cual partió inmediatamente rumbo a casa. Mientras *Noli me tangere* estaba dirigida a múltiples públicos en Europa y Filipinas, *El filibusterismo* estaba dedicada sólo al público de su país. Rizal mandó algunos ejemplares a amigos personales en España y en otros lugares, pero el resto de la edición completa salió por mar rumbo a Hong Kong,

de Del Pilar. El párrafo precedente constituye una microversión completamente inadecuada de su razonamiento. Puede que éste sea el lugar para decir algo breve sobre los contactos cubano-filipinos en España, tal y como se produjeron. Muchos filipinos que se habían hecho masones en la metrópoli entraron en logias compuestas en gran parte por cubanos, probablemente porque los cubanos eran más cordiales y acogedores que los españoles. Rafael Labra, un alto miembro del grupo republicano de las Cortes de origen cubano criollo (que representaba a Puerto Rico y Asturias), con un fuerte programa autonomista, no sólo era una figura intelectualmente influyente por sus voluminosos escritos sobre cuestiones coloniales, sino que además asistía y hablaba con regularidad en «banquetes políticos» organizados por activistas filipinos. Con anterioridad, había encabezado el primer movimiento abolicionista en España ¡en la década de 1860! (H. Thomas, *Cuba. The Pursuit of Freedom*, cit., p. 240). Aparte de esto, los lazos parecen haber sido bastante nimios. El *status* político de Cuba iba muy por delante del de Filipinas, era más probable que sus representantes en España fueran peninsulares y criollos (en lugar de *mestizos* o «nativos») y los problemas de las dos colonias eran muy diferentes. No sé de ningún cubano que visitara las Filipinas españolas, ni de más de uno o dos filipinos que, a finales del periodo colonial, hubieran visto Cuba con sus propios ojos.

donde su autor pretendía establecerse hasta que el mandato de Weyler tocara a su fin. El 9 de julio, desde Gante, escribió una importante carta a Basa, un amigo de confianza, mayor que él y una de las víctimas deportadas por Izquierdo veinte años antes, que se había instalado en Hong Kong y convertido en un empresario de éxito (y en un ágil contrabandista), confiándole los libros y recomendándole absoluto secreto, en vista del espionaje clerical, que llegaba también a la colonia británica. La carta es muy amarga con respecto a su extrema pobreza y a las continuas promesas rotas de ayuda financiera de los miembros ricos de la comunidad filipina en España:

Estoy cansado ya de creer en nuestros paisanos; todos parecen que se han unido por amargarme la vida [...]. ¡Ah! ¡Le digo a Vd. que si no fuera por Vd., si no fuera porque creo que hay todavía verdaderos buenos filipinos, me dan ganas de enviar al diablo paisanos y todo! ¿Por quién me han tomado? ¡Precisamente, cuando uno necesita tener su espíritu tranquilo y su imaginación libre, venirle a uno con engaños y mezquindades!⁵¹

¿Una biblioteca perdida?

Después de este largo periplo por el contexto histórico, estamos en condiciones de reconsiderar algunos de los enigmas a los que se enfrenta el lector de la segunda novela de Rizal, en especial sus aspectos aparentemente prolépticos. Pero, antes de hacerlo, hay una seria dificultad de la investigación que precisa de un breve análisis. Si uno examina los libros que tenía Rizal en su biblioteca en Filipinas, lo que resulta evidente es que no hay volúmenes de ningún pensador político posterior a la época de Voltaire, Rousseau y Herder, a menos que incluyamos a Herbert Spencer. La enorme correspondencia publicada de Rizal muestra la misma pauta. Ninguna mención a Constant, Tocqueville, Comte, Saint-Simon, Fourier, Bentham, Mill, Marx, Bakunin, Kropotkin, Hegel o Fichte; tan sólo alusiones ocasionales de una frase a Proudhon y Tolstoi. Es cierto que Rizal era más un novelista, un poeta y un moralista que un analista político, pero cuesta creer que durante los casi diez años que pasó en Madrid, París, Londres y Berlín consiguiera eludir o ignorar a todos estos influyentes pensadores. Hasta la fecha, no hay más que una pista directa a este respecto: una carta que le escribe su íntimo amigo de París, Juan Luna, estando él en Bruselas. En esta carta, el pintor cuenta que había estado leyendo con gran interés un libro del polímata y renombrado economista político bimetalista belga Emile de Laveleye (1822-1892):

He estado leyendo *Le Socialisme contemporain*, de E. de Laveleye, que es una compilación de las teorías de Karl Marx, Lassalle, etc., el socialismo católico, conservador, evangélico, etc. Me resulta del máximo interés, pero lo que me gustaría es un libro que pusiera de relieve las miserias de la sociedad contemporánea, una especie de *Divina comedia*, un Dante que caminara por los

⁵¹ Teodoro M. KALAW (ed.), *Epistolario rizalino*, vol. 3 (1890-1892), Manila, 1935, pp. 200-201.

talleres donde apenas se puede respirar y viera a hombres, *chiquillos* y mujeres en las condiciones más espantosas imaginables⁵².

Luna hace referencia a Marx y a Lassalle sin más explicaciones, lo cual significa que sabía que Rizal no las necesitaba. Tenemos otra pista posible en un artículo publicado en Madrid en enero de 1890, escrito por Vicente Barrantes, un antiguo alto funcionario en Manila y ahora un auto-proclamado «experto» en Filipinas. (Barrantes probablemente se reconoció en el retrato que aparece en *Noli me tangere* de un alto funcionario que mete a *mestizos* e *indios* pudientes en la cárcel para extorsionarlos.) Tras describir al austriaco Blumentritt como un agente de la «reserva de reptiles» de Bismarck, denunciaba a Rizal por «anticatólico, protestante, socialista y proudhoniano»⁵³. ¿Y entonces? La ausencia de libros políticos en su casa de Calamba es fácil de entender. Después de la publicación de *Noli me tangere*, el novelista era un hombre marcado en Filipinas. La censura era por lo general estricta y la presencia de ese tipo de libros (necesariamente de contrabando) en caso de registro ordenado por el régimen pondría en peligro a todo su clan. El miedo a las autoridades también explica probablemente el carácter personal, y con frecuencia anodino, de las cartas que enviaba a su familia después de dejar España en 1885. El vacío en el resto de su correspondencia puede explicarse quizá de modo similar. Sabemos que muchos de los destinatarios de sus cartas, incluso en Europa, las quemaron después de su detención en Manila a su regreso en 1892. El propio Rizal era a su manera una persona reservada, por lo general desconfiada salvo con su familia y sus amigos más íntimos.

Volviendo a *El filibusterismo*, la novela parece ambientada en la época de Weyler (de marzo de 1888 a abril de 1891). El zafio, brutal y cínico «Su Excelencia» está claramente inspirado en el futuro Carnicero de Cuba⁵⁴,

⁵² Carta del 13 de mayo de 1891, en *Cartas entre Rizal y sus colegas de la propaganda*, Manila, 1981, tomo II, libro 3, parte 2.ª, p. 660. Muchas gracias a Ambeth Ocampo por enviarme el texto.

⁵³ El artículo apareció el 2 de enero con el título tan grandilocuente como irrisorio de *La España moderna*. Rizal publicó una respuesta mordaz en *La Solidaridad* en febrero y, en una carta del 6 de marzo a Blumentritt, comentaba: «[Si se muere de rabia por mi respuesta] sería una gran pérdida para mi casa de fieras. Representa uno de los especímenes más hermosos de mi [colección de] serpientes e hipopótamos» [«es wäre eine grosse Verlust in meiner Menagerie; er ist einer der schönsten Exemplaren meines Schlangen und Hippopotames»]. *The Rizal-Blumentritt Correspondence, 1890-1896*, vol. 2, tercera página sin numerar después de p. 336. El calificativo de «proudhoniano» iba probablemente dirigido a menospreciar a Rizal como mero acólito del admirable demócrata y republicano federalista catalán Francisco Pi y Margall, que había publicado una traducción de *Du principe fédératif*, de Proudhon, en 1868. Aunque Pi y Margall era casi cuarenta años mayor que Rizal, era amigo íntimo del novelista y apoyaba públicamente a los filipinos. Véase M. Sarkisyanz, *Rizal and Republican Spain*, cit., p. 112, y cap. 8 (dedicado a la relación entre los dos hombres).

⁵⁴ En el último capítulo de *El filibusterismo* (en la p. 281), Simoun describe cómo, bajo la identidad de Ibarra, huyó de Filipinas a escondidas con objetos de valor ancestrales y se dedicó al comercio de piedras preciosas. Y más adelante: «Tomó parte en la guerra de Cuba, ayudando ya a un partido, ya a otro, pero ganando siempre. Allí conoció al general, entonces comandante, cuya voluntad se captó primero por medio de adelantos de dinero y

mientras que el alto oficial anónimo, favorable a los nativos y de mentalidad liberal que se opone al capitán general y, después de todos sus esfuerzos, acaba destituido, constituye un retrato apenas disimulado del gobernador civil de Manila, Centeno. Este emplazamiento temporal queda confirmado de manera más clara si cabe por una de las subtramas menores, que introduce al lector en la triste historia de la familia del honesto campesino Tales. Este hombre desbroza y trabaja una pequeña parcela de tierra en los confines arbolados del pueblo natal de Ibarra-Simoun, San Diego (inspirado en el pueblo natal de Rizal, Calamba)⁵⁵. Cuando prospera, unos representantes de la *hacienda* cercana, propiedad de una orden anónima, le informan de que su tierra está dentro de los límites legales de la *hacienda*, pero que puede quedarse si paga un pequeño arriendo. A partir de entonces, el arriendo asciende cada año una enormidad, hasta que Tales se niega a seguir pagando; amenazado con el desalojo, se niega a ceder y se arma para defender su propiedad. Entretanto, pierde todo su dinero en un intento vano de conquistar sus derechos en los tribunales. Al final, unos bandidos le apresan y piden por él un rescate. Cuando llega por fin el pago del rescate, Tales regresa para encontrar su propiedad tomada por la *hacienda* y con un nuevo arrendatario en su lugar. Aquella noche, el nuevo arrendatario, su mujer y el fraile encargado de los arriendos aparecen brutalmente asesinados, con el nombre de Tales escrito con sangre sobre sus cuerpos.

En este punto, sucede algo bastante extraordinario. El narrador dice repentinamente: «¡Tranquilizaos, pacíficos vecinos de Kalamba! ¡Ninguno de vosotros se llama Tales, ninguno de vosotros ha cometido el crimen! ¡Vosotros os llamáis [sigue una lista de nombres, que termina con] Silvestre Ubaldo, Manuel Hidalgo, Paciano Mercado, os llamáis todo el pueblo de Kalamba!»⁵⁶. Ubaldo e Hidalgo eran yernos de Rizal, mientras que Paciano era su hermano mayor. Todos ellos fueron duramente castigados por oponer resistencia a los dominicos en 1888-1890. Y «San Diego» se revela tranquilamente como «Kalamba»⁵⁷. Más adelante en la novela, nos enteramos de que

haciéndose su amigo, después gracias a crímenes cuyo secreto el joyero poseía». Weyler se hizo comandante en Cuba en marzo de 1863. No queda claro a qué equivalen estos «crímenes secretos»: ¿crueldades, corrupción o libertinaje? Una curiosa sección de la hagiografía de Martín Jiménez trata de los apetitos sexuales implacables y voraces del general. Acerca de una mujer casada con la que tenía una aventura secreta siendo jefe de Cuba, el propio Weyler comentó: «La mujer me gustaba tanto que si un batallón rebelde hubiera tratado de impedir nuestras citas secretas, hubiera intentado llegar a ella aunque un bosque de bayonetas se interpusiera en mi camino». H. Martín Jiménez, *Valeriano Weyler, de su vida y personalidad, 1838-1930*, cit., pp. 256-257.

⁵⁵ Caps. IV («Cabezas Tales») y X («Riqueza y Miseria»).

⁵⁶ Con este apóstrofe termina el capítulo X. Recuerda al famoso final del *Max Havelaar* de Dekker, donde el autor deja de lado a sus personajes y su argumento para lanzar una andanada en nombre propio contra el régimen colonial holandés en las Indias Orientales y sus promotores en los Países Bajos.

⁵⁷ Una de las aficiones políticas de Rizal en aquella época era insistir en escribir palabras tagalas, aun cuando, o quizá en especial cuando, provenían del español, con su propio sistema ortográfico. Una de las provocaciones que esto acarrearba consistía en sustituir la *c* por

Tales se une a los bandidos y, después de que su hija Julí se suicide para escapar de la lujuria del padre Camorra, se alía a Simoun y acaba convirtiéndose en Matanglawin («Ojo de halcón»), el jefe bandido a quien nadie consigue apresar y que va provocando el terror por todos los campos que rodean Manila. Históricamente, no parece haber habido ningún personaje como Matanglawin en las Filipinas de aquella época, aunque había muchos pequeños bandidos en las tierras montañosas al sur de la capital colonial. Pero tal vez sí que hubiera uno o dos ejemplares así en la Andalucía violenta y hambrienta de los días de estudiante de Rizal.

Transposiciones

La subtrama principal de *El filibusterismo*, como mencionamos antes, narra la campaña de los estudiantes, al final infructuosa, por conseguir que el Estado cree un instituto de enseñanza (laica) en lengua española, que sería el primer paso hacia la hispanización de la población. De acuerdo con los hechos históricos, no hubo nunca ninguna campaña estudiantil similar en Manila y, de haberla habido, Weyler no la hubiera tolerado ni por un segundo. Pero la subtrama constituye visiblemente una versión microcósmica satírica de la campaña de asimilación táctica dirigida por Del Pilar en España a partir de 1889, en la que Rizal había perdido toda fe. La imagen minuciosa de los estudiantes parece diferir por completo de la que podemos obtener por otras fuentes del mundo escolar y universitario que Rizal vivió en Manila a finales de la década de 1870, prácticamente impoluto de política. En *El filibusterismo*, los estudiantes aparecen descritos casi sin excepción como chismosos, oportunistas, fanfarrones, cínicos, zánganos, ricos, gorriones y tramposos. El único al que Rizal pinta como patriota y de buen corazón, el *indio* Isagani, no deja de ser un firme e ingenuo partidario de la campaña, carente de ideas políticas serias. No resulta fácil, pues, eludir la conclusión de que casi toda la subtrama no es más que la España histórica trasladada a través de los océanos a una Manila imaginada.

Pero esto no es todo, ni mucho menos. Hacia el principio de la novela, en el decisivo capítulo («Simoun») en el que el lector se entera de que Simoun es en realidad Ibarra, el héroe cándido de *Noli me tangere* –Basilio lo reconoce por casualidad–, la cuestión de la campaña se introduce en su conversación. Para probable sorpresa del lector, el cínico conspirador «nihilista» Simoun tiene un deje, por así decirlo, violentamente vasco o polaco⁵⁸.

una *k*, una letra agresivamente no castellana, y el par *ue* por una *w*. De ahí *puede* en lugar de *puede* y, en este caso, Kalamba en lugar de Calamba.

⁵⁸ La comparación no es vana. En la p. XXIX de su introducción a *Noli me tangere*, Zea cita el siguiente fragmento del «Elogio» de Unamuno: «En Filipinas, como en mi País Vasco natal, el español es una lengua extranjera y de reciente implantación [...]. Aprendí a tartamudear en español y hablábamos español en casa, pero era el español de Bilbao, es decir, un español tímido y tocado por la pobreza. [De ahí que] nos [hayamos] visto obligados a remodelarlo,

¡Ah la juventud siempre inexperta y soñadora, siempre corriendo tras las mariposas y las flores! ¡Os ligáis para con vuestros esfuerzos unir vuestra patria a la España con guirnaldas de rosas cuando en realidad forjáis cadenas más duras que el diamante! ¡Pedís igualdad de derechos, españolización de vuestras costumbres y no veis que lo que pedís es la muerte, la destrucción de vuestra nacionalidad, la aniquilación de vuestra patria, la consagración de la tiranía! ¿Qué seréis en lo futuro? Pueblo sin carácter, nación sin libertad; todo en vosotros será prestado hasta los mismos defectos. ¡Pedís españolización y no palidecéis de vergüenza cuando os la niegan! Y, aunque os la concedieran, ¿qué queréis?, ¿qué vais a ganar? ¡Cuando más feliz, país de pronunciamientos, país de guerras civiles, república de rapaces y descontentos como algunas repúblicas de la América del Sur! [...] El español nunca será lenguaje general en el país, el pueblo nunca lo hablará porque para las concepciones de su cerebro y los sentimientos de su corazón no tiene frases ese idioma: cada pueblo tiene el suyo, como tiene su manera de sentir. ¿Qué vais a conseguir con el castellano, los pocos que lo habéis de hablar? ¡Matar vuestra originalidad, subordinar vuestros pensamientos a otros cerebros y en vez de hacerlos libres hacerlos verdaderamente esclavos! Nueve por diez de los que os presumís de ilustrados, sois renegados de vuestra patria. El que de entre vosotros habla ese idioma, descuida de tal manera el suyo que ni lo escribe ni lo entiende y ¡cuántos he visto yo que afectan no saber de ello una sola palabra! Por fortuna tenéis un gobierno imbécil. Mientras la Rusia para esclavizar a la Polonia le impone el ruso, mientras la Alemania prohíbe el francés en las provincias conquistadas, vuestro gobierno pugna por conservaros el vuestro y vosotros en cambio, pueblo maravilloso bajo un gobierno increíble, ¡vosotros os esforzáis en despojaros de vuestra nacionalidad! Uno y otro os olvidáis de que mientras un pueblo conserve su idioma, conserva la prenda de su libertad, como el hombre su independencia mientras conserva su manera de pensar. El idioma es el pensamiento de los pueblos⁵⁹.

La diatriba tiene la suficiente fuerza como para dejar que el lector olvide que Ibarra-Simoun tenía un abuelo vasco cruel y sin escrúpulos y que, por motivo de su disfraz, finge hablar un tagalo malo y con mucho acento; o que esta denuncia de la hispanización se expresa en un español excelente. Podría también pasar por alto un argumento contradictorio que Simoun lanza pocas líneas antes: «¿Queréis añadir un idioma más a los cuarenta y tantos que se hablan en las islas para entenderos cada vez menos?»⁶⁰. Pero lo importante es que Rizal nunca, en ningún otro lugar, escribió públicamente en estos términos virulentos durante su estancia en Europa, algo que habría consternado a los camaradas en torno a *La Solidaridad*. En España, hubiera estado dirigiéndose al presente, pero trasladado a Manila, se estaba dirigiendo al futuro, introduciendo a Polonia y a Alsacia como advertencias. Es posible descubrir otros desplazamientos espacio-temporales similares a

a forjar con nuestros esfuerzos una lengua propia. Así es como lo que en cierto sentido es nuestra debilidad como escritores constituye también nuestra fuerza».

⁵⁹ J. Rizal, *El filibusterismo*, cit., capítulo VII («Simoun»), pp. 47 y 48.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 47. Evidentemente, todavía no hay ninguna lengua nacional alternativa. En la época de Rizal, el tagalo sólo se hablaba en la isla de Luzón e, incluso allí, sólo en la región alrededor de Manila.

medida que la novela avanza hacia su clímax. Una vez que la campaña por un instituto en lengua española ha fracasado, misteriosas *pasquinadas* «subversivas» aparecen una noche por toda la universidad, llevando al régimen a ordenar detenciones indiscriminadas, lo cual constituye una clara réplica de las redadas de Cánovas en la Universidad Central de Madrid a principios del último curso de Rizal. Las misteriosas pasquinadas provocan rápidamente un pánico general, alimentado por rumores disparatados de la inminencia de una insurrección y de invasiones de bandidos atroces, que recuerdan el pánico a la Mano Negra en Andalucía en 1883 y anuncian el denominado ataque campesino «revolucionario» sobre Jerez a principios de 1892. Es interesante que Rizal ancle estos desarrollos argumentales en Filipinas poniendo al capítulo correspondiente el título en tagalo (sin traducir) de *Tatakut*, que significa «pánico».

Dansons la Ravachole

Finalmente, llegamos a la propia trama de Simoun y su intento de hacer estallar una bomba, que debería de venir acompañada de ataques armados dirigidos por los hombres de Tales y otros individuos fuera de la ley, entre los que se encuentra un peninsular cruelmente injuriado, que ha aceptado coordinarse con el misterioso joyero. Hay varios elementos curiosos en esta conspiración fallida. En primer lugar, imaginada en 1890-1891, más bien precede que sigue a la ola espectacular de atentados con bomba que sacudieron España y Francia en 1892-1894. Con todo, a partir de 1888 se había producido un número creciente de explosiones de bombas y petardos, por lo general en la Barcelona industrial, pero también en Madrid, Valencia y Cádiz. La mayoría se colocaron en fábricas, pocas de ellas provocaron muertes o heridos graves y casi ninguna acarreó el descubrimiento de los responsables. Todos los indicios apuntan a que detrás de ellas había obreros enfadados bajo la influencia de ideas anarquistas, aunque quizá algunas las organizaron agentes de la policía que actuaban como provocadores. Pero el número de bombas y su gravedad aumentaron notablemente después del «levantamiento de Jerez» del 8 de enero de 1892. Aquella noche, alrededor de 50-60 campesinos entraron en la ciudad para atacar la cárcel donde antes habían encarcelado y torturado a algunos de sus camaradas. Parece que esperaban, ingenuamente, que la guarnición militar local les ayudaría. La policía les dispersó y se dijo que habían matado a un campesino y a dos habitantes de la ciudad. Hacia el final de su tercer legislatura, Cánovas lanzó una ola indiscriminada de represión contra campesinos y obreros y, el 10 de febrero, cuatro de los supuestos dirigentes del «levantamiento» fueron ejecutados en público a garrote vil⁶¹.

⁶¹ R. Núñez Florencio, *El terrorismo anarquista, 1888-1909*, cit., p. 49; G. Esenwein, *Anarchist Ideology and the Working Class Movement in Spain, 1868-1898*, cit., pp. 175-180. La excelente investigación de Esenwein ha sacado a la luz algunas cosas extrañas. Desde cierto punto de vista, la cadena de acontecimientos empezó con el «motín» de Haymarket de

Un mes después, empezaron en París una serie de explosiones serias, obra del medio holandés, medio alsaciano François-Claude Koenigstein, más conocido como *Ravachol*, un delincuente con antecedentes de robo y asesinato. Fue detenido y procesado con gran rapidez. Afirmando que había actuado en revancha por la violenta represión policial previa contra una manifestación de trabajadores en Clichy, seguida de un juicio a algunos trabajadores en el que el fiscal había pedido la pena de muerte (sin conseguirla), Ravachol comunicó al tribunal que se había guiado por principios anarquistas revolucionarios. El 11 de julio, fue a la guillotina gritando «Vive l'Anarchie!» [«Viva la anarquía»] y prometiendo que su muerte sería vengada⁶². La suya fue la primera ejecución política en Francia desde las masacres de los participantes en la Comuna.

Pese a su pasado turbio, la muerte de Ravachol le convirtió al instante en un héroe de la izquierda *anarchisant* a ambos lados de los Pirineos. Núñez Florencio cita una canción popular muy conocida de la época, *La Ravachole*, que dice: «Dansons la Ravachole! / Vive le son, vive le son / Dansons la Ravachole / Vive le son / De l'explosion!»⁶³. El famoso teórico del anarquismo Elisée Reclus apareció citado en la prensa anarquista

Chicago, a principios de mayo de 1886. En una atmósfera de histeria «anticomunista» y antiinmigrante y después de una farsa de juicio justo, cuatro anarquistas murieron en la horca aquel noviembre. Las ejecuciones levantaron la indignación en toda Europa (y, por supuesto, también en Estados Unidos) y, a iniciativa de las organizaciones de trabajadores franceses, el Primero de Mayo se empezó a celebrar cada año (menos en Estados Unidos) en conmemoración de las víctimas. Toda la izquierda española se mostró como firme partidaria de la nueva tradición, en especial mientras Sagasta se mantuvo en el poder. Justo después de las celebraciones del Primero de Mayo de 1891, estallaron dos bombas en Cádiz, matando a un obrero e hiriendo a varios más. La policía local detuvo a 157 personas, pero nunca encontró a nadie cuya responsabilidad en los hechos fuera demostrable, así que no se puede descartar la posibilidad de que se tratara de provocadores de la policía. Parte de estos prisioneros era a quienes los hombres de Jerez pretendían liberar. Lo extraño es que justo en esta coyuntura no otro sino Malatesta, acompañado por la prometidora estrella intelectual anarquista Tárrida del Mármol, estaba haciendo una gira de conferencias y organizativa por España y debía hablar en Jerez. Al enterarse de las noticias de los violentos acontecimientos, Malatesta, haciendo todo un alarde de valentía, decidió no dejar de ir a Cádiz, pero hacerlo disfrazado de próspero empresario italiano. No parece haber logrado nada. Esenwein cree significativo que ni entonces ni después proclamaran los anarquistas el 8 de enero como «propaganda por la acción». Por el contrario, siempre insistieron en que no tenían nada que ver con aquello.

⁶² Véase J. Maitron, en *Dès origines à 1914*, cit., pp. 213-224. En su celda de prisión, contó a los entrevistadores que había perdido su fe en la religión ¡después de leer *Le Juif errant*, de Eugène Sue! Maitron señala que el anarquismo francés de este periodo era en gran medida un asunto de unidades minúsculas clandestinas o semiclandestinas sin verdaderos lazos organizativos entre sí. Esta característica dificultaba el control efectivo por parte de la policía y también facilitaba relativamente la penetración por parte de elementos delincuentes. El anarquismo francés no se convirtió en una verdadera fuerza política hasta finales de la década de 1890, con el abandono de la propaganda por la acción y el comienzo del sindicalismo en la vida política obrera. El anarquismo español tenía una base social mucho más fuerte y amplia. Que Ravachol fuera en parte alsaciano es una deducción mía sacada del testimonio de Ramón Sempau en *Los victimarios*, cit., p. 15.

⁶³ «¡Bailemos la Ravachole! / ¡Viva el sonido, viva el sonido! / ¡Bailemos la Ravachole! / ¡Viva el sonido / de la explosión!» [N. de la T.].

española diciendo: «Soy uno de los que ve en Ravachol un héroe con una rara grandeza de espíritu», mientras que el escritor Paul Adam, un miembro del círculo de Mallarmé, escribió un *Éloge de Ravachol* en el que aseveraba que «Ravachol vio el sufrimiento y la miseria de la gente que le rodeaba y sacrificó su vida en un holocausto. Su caridad, su talante desinteresado, el vigor de sus acciones, su coraje ante la ineluctabilidad de la muerte le elevaron al esplendor de las leyendas. En estos tiempos de cinismo e ironía, nos ha nacido un santo». La prensa anarquista española lo describió como un «Cristo violento» y un «revolucionario valiente y dedicado» y unos anarquistas sacaron dos publicaciones efímeras en su honor: *Ravachol* a finales de 1892 y *El Eco de Ravachol* a principios de 1893⁶⁴.

En otoño de 1893 se precipitaron las principales repercusiones del asunto Ravachol. El 24 de septiembre, Paulino Pallás lanzó dos bombas contra el capitán general de Cataluña, el general Arsenio Martínez Campos (firmante del Pacto de Zanjón, que llevó a un pacífico final la insurrección de diez años de Céspedes en Cuba). Este *attentat* [«atentado»] acarreó una muerte y varios heridos graves (Campos sólo se llevó unos rasguños). Pallás no hizo ningún intento de esconderse o huir, sino que lanzó su gorra al aire y gritó «¡Viva la anarquía!». Un pelotón de fusilamiento lo ejecutó un mes después en la fortaleza de Montjuïc, que muy pronto se haría mundialmente famosa⁶⁵. El 7 de noviembre, Salvador Santiago, de treinta y dos años de edad, lanzó una bomba enorme en el teatro del Liceo de Barcelona durante una representación de *Guillermo Tell* de Rossini, provocando gran número de muertes y heridos graves entre las filas de la elite adinerada de la ciudad⁶⁶.

⁶⁴ R. Núñez Florencio, *El terrorismo anarquista, 1888-1909*, cit., pp. 121-123.

⁶⁵ Para España, se trataba del primer ejemplo claro de «propaganda por la acción». En octubre de 1878, un joven tonelero catalán llamado Juan Oliva disparó una pistola contra Alfonso XII, pero erró. Un año después, Francisco Otero, de 19 años de edad, intentó hacer lo mismo, pero demostró una puntería igual de mala. Ninguno de los dos tenía relaciones con círculos anarquistas y ambos fueron ejecutados de inmediato (*ibid.*, p. 38). Pallás era un litógrafo pobre de Tarragona que emigró a Argentina; se casó allí y luego se trasladó a Brasil en busca de un modo mejor de ganar el sustento para su familia. Se hizo radical y anarquista mientras trabajaba como tipógrafo en Santa Fe. El Primero de Mayo de 1892, tiró un petardo en el teatro Alcántara en Río gritando «¡Viva la anarquía!». Nadie resultó herido y el público prorrumpió en vítores. Cuando la policía española registró su casa, encontraron periódicos anarquistas, un ejemplar de *La conquista del pan* de Kropotkin y una litografía de los Mártires de Haymarket. La mayoría de los historiadores han sostenido que actuó en parte por indignación ante las ejecuciones a garrote vil de Jerez, pero Núñez Florencio dice que no existe ningún documento en manos de Pallás para sostener esta afirmación. Compárese G. Esenwein, *Anarchist Ideology and the Working Class Movement in Spain, 1868-1898*, cit., pp. 184-185; R. Núñez Florencio, *El terrorismo anarquista, 1888-1909*, cit., pp. 49 y 53, y J. Romero Maura, «Terrorism in Barcelona and Its Impact on Spanish Politics, 1904-1909», cit., p. 130 (dice que murieron dos personas y 12 resultaron heridas).

⁶⁶ Puede que la elección de esa ópera no fuera aleatoria. En su primera «convención» en 1879, Narodnaya Volya produjo un programa que, *inter alia*, declaraba: «Lucharemos con los medios empleados por Guillermo Tell». Un gran número de radicales y nacionalistas de finales del siglo XIX consideraban al legendario arquero suizo como un héroe ancestral. Véase Walter LAQUEUR, *A History of Terrorism* [ed. revisada], New Brunswick, NJ, 2002, p. 22.

Hubo detenciones y torturas de muchos sospechosos inocentes antes de que cogieran a Santiago, que permanecía escondido. Tras declarar que había actuado para vengar a Pallás, a quien conocía y admiraba, fue ejecutado a garrote vil en Montjuïc el 24 de aquel mes⁶⁷. Sagasta (de nuevo en el poder desde 1892) declaró la ley marcial en Barcelona, que duró un año. Su ejecutor no fue otro sino Weyler, recién regresado de Filipinas. La prensa anarquista tuvo que cerrar por la fuerza.

Entonces, el 9 de diciembre, Auguste Vaillant arrojó una gran bomba en el Parlamento francés, que por suerte no mató a nadie, pero hirió a varios diputados. El 5 de febrero del año siguiente, murió en la guillotina, primer caso en la memoria francesa en que se aplicaba la pena de muerte sin que hubiera habido ninguna víctima mortal⁶⁸. (El presidente Sadi Carnot se negó a conmutar la sentencia, por lo que murió a puñaladas en Lyon el 24 de junio de 1894, a manos del joven anarquista italiano Santo Jerónimo Cesario, que fue guillotinado dos meses después.) El punto culminante de esta ola de bombas anarquistas (aunque en absoluto su final) llegó con una serie de explosiones letales en París inmediatamente posteriores a la ejecución de Vaillant y sin duda en parte dirigidas a vengarle. No se tardó en descubrir que el responsable era Emile Henry, un joven intelectual nacido en España, hijo de participantes en la Comuna que habían huido al exilio. También a él le cogieron pronto y le guillotinaron el 21 de mayo⁶⁹. Para nuestro estudio, la colocación de bombas más importante no se produjo hasta el «atentado» del día del Corpus, el 7 de junio de 1896, en Barcelona, pero esto queda como materia de análisis para la tercera parte de esta serie.

⁶⁷ Santiago había empezado como carlista y ferviente católico, pero la pobreza, los pequeños delitos (contrabando) y las deudas imposibles de saldar habían despertado su interés por el anarquismo. Otras cinco personas fueron ejecutadas con él, aunque no hay pruebas convincentes de que no actuara, como Pallás, por cuenta propia. Véase en especial G. Esenwein, *Anarchist Ideology and the Working Class Movement in Spain, 1868-1898*, cit., pp. 186-187, y J. Romero Maura, «Terrorism in Barcelona and Its Impact on Spanish Politics, 1904-1909», cit., p. 130. De acuerdo con J. Bécarud y G. Lapouge, *Anarchistes d'Espagne*, p. 44, cuando se le preguntó por lo que le pasaría a sus hijas después de su ejecución, Salvador Santiago dijo: «Si son guapas, los burgueses se harán cargo de ellas». ¿Butade anarquista o mito?

⁶⁸ Maitron dice que Vaillant resultó útil para determinados *dirigeants* de la III República, que estaban sufriendo el impacto de las revelaciones públicas sobre el escándalo financiero del canal de Panamá y encontraron en él una manera estupenda de desplazar la atención pública a otro lugar y también de promulgar duras leyes contra la «propaganda revolucionaria» de cualquier tipo. J. Maitron, *Dès origines à 1914*, cit., p. 237.

⁶⁹ De acuerdo con J. Joll, *The Anarchists*, cit., p. 115, Henry era un estudiante extraordinario que entró en la École Polytechnique, pero luego abandonó los estudios por el anarquismo. Clémenceau, profundamente conmovido por la ejecución de Henry, escribió: «El crimen de Henry fue el de un salvaje. Pero la actuación de la sociedad me parece una venganza vil. Que los partidarios de la pena de muerte vayan, si tienen coraje, a oler la sangre en La Roquette [después de 1851, la cárcel donde se ejecutaban todas las penas de muerte en París]. Entonces, hablaremos...». Citado en J. Maitron, en *Dès origines à 1914*, cit., p. 246.

Ninguno de estos cinco personajes que se hicieron famosos por sus bombas entre 1892 y 1894 encaja con el perfil personal de Simoun. Todos ellos eran bastante jóvenes, pobres, con un nivel medio de educación (salvo Henry) y autoproclamados anarquistas. Sus bombas no tenían nada de «huysmanesco», aunque se dice que Pallás utilizó bombas de «tipo feniano» en lugar del modelo «orsini» estándar⁷⁰. Pero piensen en algunas de las palabras que Emile Henry pronunció en su juicio, tal y como las recoge Joll. Ante la pregunta de por qué había matado a tanta gente inocente, Henry contestó con aire burlón: «Il n'y a pas des innocents» [«No hay inocentes»]. Y a continuación:

Estaba convencido de que la organización existente [de la sociedad] era mala; quería luchar contra ella para acelerar su desaparición. Traía a la lucha un odio profundo, intensificado cada día por el repugnante espectáculo de una sociedad en la que todo es vil, todo es cobarde, en la que todo constituye una barrera para el desarrollo de las pasiones humanas, para las tendencias generosas del corazón, para el libre vuelo del pensamiento [...]. Quería hacer ver a la burguesía que sus placeres se interrumpirían, que su becerro de oro temblaría violentamente sobre su pedestal, hasta que el golpe final lo arrojara en lodo y sangre.

Luego añadió que los anarquistas

no perdonan a las mujeres y niños burgueses porque tampoco se perdona a las mujeres y niños de aquellos a quienes ellos aman. No son acaso víctimas inocentes esos niños que, en los suburbios, mueren lentamente de anemia porque el pan escasea en casa; o esas mujeres que empalidecen en sus talleres y se matan para ganar cuarenta perras chicas al día y aún son afortunadas de que la pobreza no las convierta en prostitutas; esos ancianos que ustedes han convertido en máquinas para la producción de por vida y a quienes arrojan al vertedero y al asilo cuando sus fuerzas se han extinguido. Por lo menos,

⁷⁰ R. Núñez Florencio, *El terrorismo anarquista, 1888-1909*, cit., p. 53, citando como fuente un periódico contemporáneo. Felice Orsini (n. 1819) era veterano de las revoluciones de 1848 y nacionalista italiano comprometido; fue también diputado de la efímera República romana. Encarcelado por el régimen austriaco en la fortaleza de Mantua en 1855, efectuó una huida espectacular y se dirigió a la Inglaterra de Palmerston, donde Mazzini estaba tramando una insurrección desde sus sórdidos aposentos en Fulham Road. Su éxito de 1856, *Las mazmorras austriacas en Italia*, vendió enseguida 35.000 ejemplares y su atractivo físico a la Byron y ferviente retórica le hicieron rabiosamente popular en el circuito de conferencias. Entretanto, estaba inventando un nuevo tipo de bomba, fabricada principalmente a partir de fulminato de mercurio, que no necesitaba mecha, sino que estallaba con el impacto. La probó en un barracón en Putney y en canteras abandonadas en Devonshire y Sheffield. Luego, creyendo que el asesinato de Luis Napoleón desencadenaría una revolución en Francia, que haría que Italia siguiera el ejemplo de París, cruzó el Canal y puso su invento a prueba el 14 de enero de 1858. Su blanco apenas recibió unos rasguños, pero 156 personas resultaron heridas y ocho terminaron sucumbiendo. Orsini murió en la guillotina el 13 de marzo. Al calor de los acontecimientos, Palmerston intentó que se aprobase un Proyecto de Ley contra la Conspiración de Asesinato, que convertiría la maquinación para asesinar a dirigentes extranjeros en un delito grave, pero no supo manejar la situación y acabó fuera del gobierno. Véase Jad ADAMS, «Striking a Blow for Freedom», *History Today*, vol. 53, núm. 9 (septiembre de 2003), pp. 18-19.

tengan el valor de asumir sus crímenes, caballeros de la burguesía, y reconozcan que nuestras represalias son plenamente legítimas.

Han ahorcado hombres en Chicago, les han cortado la cabeza en Alemania, estrangulado en Jerez, fusilado en Barcelona, guillotinado en Montbrisons y París, pero lo que no destruirán nunca es el anarquismo. Sus raíces son demasiado profundas; ha nacido en el corazón de una sociedad corrupta que se está cayendo a pedazos; es una reacción violenta contra el orden establecido. Representa las aspiraciones de igualdad y libertad que están derribando a golpes la autoridad existente; está en todas partes y eso lo vuelve inapresable. Acabará matándoles⁷¹.

La retórica de Henry reproduce misteriosamente la de Simoun: la idea de acelerar la precipitación hacia el abismo de un sistema corrupto, la venganza violenta contra la clase dirigente (incluidos sus «inocentes») por los crímenes que ha cometido contra desdichados y pobres y la visión de una sociedad igualitaria y libre en el futuro⁷². Aunque los campesinos tagalos tenían sus propias tradiciones utópicas y mesiánicas, ancladas en el catolicismo popular⁷³, no son éstas las que se reflejan en el discurso de Simoun, sino un lenguaje de furia social europea que se remontaba por lo menos a la Revolución Francesa, si no antes, y constituía un elemento especial del anarquismo en la época de la «propaganda por la acción». Pero a Simoun se le imagina de un modo más complejo, y también contradictorio. Hay en él una fotografía negativa de Rodolphe, el «socialista» aristocrático de Sue, que se toma la justicia por su mano contra malhechores y explotadores, del Des Esseintes de Huysmans, que añade un enemigo más a una sociedad terrible, y quizá, incluso, de Nechayev⁷⁴.

⁷¹ R. Núñez Florencio, *El terrorismo anarquista, 1888-1909*, cit., p. 115-119. Adviértanse las referencias de Henry a Jerez y Chicago, así como a Pallás y Vaillant.

⁷² Véase «Nitroglicerina en la granada», *New Left Review* 27, p. 109.

⁷³ El *locus classicus* es Reynaldo Clemeña Iletto, *Pasyón and Revolution: Popular Movements in The Philippines, 1840-1910*, Ciudad de Quezón, 1989.

⁷⁴ No habría que descartar a Nechayev. El panfleto que escribió con Bakunin en 1869 fue muy leído en toda Europa y Simoun parece hacerse eco de algunos de sus temas en *El filibusterismo*. En los números de *La Solidaridad* del 15 y el 31 de enero de 1893, hay un curioso artículo, escrito en dos partes por Ferdinand Blumentritt y titulado «Una visita», donde se describe a un visitante inesperado con el aspecto de Simoun, que explica que Rizal ha hecho creer que moría en la novela para ocultar a las autoridades coloniales su supervivencia y su enorme multiplicación política entre la población filipina. Entre Blumentritt y él se desarrolla un largo y acalorado debate sobre el futuro de Filipinas y sobre los métodos a seguir en la lucha política. En un determinado momento, el etnólogo indignado dice: «Señor Simoun, usted es no sólo filibustero sino también nihilista». A esto Simoun replica con sarcasmo, según se marcha misteriosamente: «¡Me marché a Rusia para estudiar allí en la escuela de nihilistas!». Nechayev ya había muerto, con sólo treinta y cinco años, en una prisión zarista el año anterior a la llegada de Rizal a Europa. Pero Blumentritt era de alguna manera el amigo más íntimo de Rizal y creo que es poco probable que hubiera asociado a Simoun con el nihilismo si ambos no hubieran discutido seriamente de ello. Además, *Los poseídos*, de Dostoyevski, había salido traducido al francés en París en 1886, poco después de que Rizal hubiera dejado la capital francesa rumbo a Alemania y la Austria de Blumentritt. Sabemos también, gracias a De Ocampo, que Rizal leyó (pero ¿cuándo exactamente?) *Padres e hijos* de Turgueniev, en una traducción alemana. (Mi agradecimiento a Megan Thomas por dirigir mi atención hacia los extraños artículos de Blumentritt.)

Mucho más importante, sin embargo, es que Simoun es, a su manera, un nacionalista anticolonial, que tiene en la cabeza la independencia nacional a través de la «revolución»; y que su conspiración no es un mero momento simbólico de «propaganda por la acción».

A principios de la década de 1890, los filipinos y los cubanos ocupaban una posición privilegiada para pensar de esta manera, porque estaban sometidos al único Estado europeo que, para entonces, había perdido el 90 por 100 de su imperio en manos de los movimientos de independencia. Puede que Simoun hable con desdén de las Américas españolas, pero entiende que su historia había abierto una cierta esperanza, que no estaba entonces al alcance de los súbditos de ningún otro imperio.

Cuando Basilio —el joven estudiante de medicina reclutado por Simoun después de que los frailes hayan asesinado a su hermano pequeño y empujado a su madre a la locura— se entera de la «máquina infernal» que se esconde en la lámpara con forma de granada con la que Simoun pretende hacer saltar por los aires a la élite colonial, incluido el capitán general, durante el banquete de boda, exclama: «¿Qué dirá el mundo, a la vista de tanta carnicería?». Simoun contesta:

¡El mundo aplaudirá como siempre, dando la razón al más fuerte, al más violento!... Europa ha aplaudido cuando las naciones del occidente sacrificaron en América millones de indios y no por cierto para fundar naciones mucho más morales ni más pacíficas; ¡allí está el Norte con su libertad egoísta, su ley de Lynch, sus engaños políticos; allí está el Sur con sus repúblicas intranquilas, sus revoluciones bárbaras, guerras civiles, pronunciamientos, como en su madre España! Europa ha aplaudido cuando la poderosa Portugal despojó a las islas Molucas, aplaude cuando Inglaterra destruye en el Pacífico las razas primitivas para implantar la de sus emigrados. Europa aplaudirá como se aplaude al fin de un drama, al fin de una tragedia; ¡el vulgo se fija poco en el fondo, sólo mira el efecto!⁷⁵

Después de que Estados Unidos, Colombia, Argentina y Paraguay consiguieran que Europa aplaudiera (aceptara) su independencia, por así decirlo, ¿por qué no Filipinas y Cuba? En estas frases se percibe cuánto más próximos estaban de la Filipinas de la década de 1890 México y Perú que Tonkín y Java. En efecto, una insurrección exitosa era muy posible en Filipinas. Y, de hecho, cuatro meses antes de la muerte de Rizal, Andrés Bonifacio empezó una en los alrededores de Manila, apenas dieciocho meses después de que Martí abriera el camino en Cuba.

Una sonrisa enigmática

Esto nos lleva a un último aspecto curioso de *El filibusterismo*. Las últimas páginas de la novela las ocupa un prolongado diálogo entre un Simoun

⁷⁵ J. Rizal, *El filibusterismo*, cit., capítulo XXIII («La última razón»), p. 250.

moribundo y el amable cura nativo padre Florentino, con quien éste ha encontrado refugio provisional. Simoun plantea la cuestión de Ivan Karamazov. Dice que si *vuestro Dios* exige semejantes sacrificios inhumanos, tales humillaciones, torturas, expropiaciones, miseria y explotación de los bondadosos e inocentes, aconsejándoles únicamente que sufran y que trabajen, *¿Qué Dios es ése?*⁷⁶ No añade nada más, mientras el anciano cura le dice que Dios entiende todos los sufrimientos de Simoun y que le perdonará, pero que ha elegido métodos horribles para alcanzar fines encomiables y que esto es inadmisibile. La mayor parte de los comentaristas han dado por sentado que el anciano cura representa la última palabra de Rizal sobre el drama político-moral de la novela y creen que esta idea se ve reforzada por el hecho de que (como veremos en la tercera parte de esta serie) Rizal se negó a tener nada que ver con la conspiración de Bonifacio –pese a estar organizada en su nombre– y, de hecho, la denunció. Pero establecer este juicio con tanta facilidad requiere pasar por alto un extraño y breve capítulo situado hacia el final de la novela, titulado «El Misterio», de cuyas siete páginas en el manuscrito original el autor tachó tres.

Nos encontramos en la casa de la rica familia Orenda, a la que, en los caóticos días posteriores al fracaso de la explosión y de las incursiones armadas, han llegado tres visitas. Uno de los visitantes es el joven apuesto Momoy (pretendiente de la hija mayor de los Orenda, Sensia), que asistió al fatídico banquete de boda de Paulita Gómez y era un testigo aturdido de lo sucedido. Otro es el estudiante Isagani, que, para salvar la vida de Paulita, había cogido la lámpara letal y se había arrojado al río Pasig con ella. Momoy cuenta a la familia que un ladrón desconocido se había escapado con la lámpara, antes de tirarse al agua. Sensia interrumpe para decir, bastante sorprendentemente: «¿Un ladrón? ¿Uno de la Mano Negra?». Nadie sabe, prosigue Momoy, si era un español, un chino o un *indio*. El tercer visitante, un platero que había ayudado a hacer las decoraciones de la boda, agrega que los rumores dicen que la lámpara estaba a punto de explotar y que la casa de la novia estaba también cargada de dinamita. Momoy se queda anonadado y aterrorizado ante la historia y el miedo se deja traslucir en su expresión. Luego, al ver que Sensia se ha percatado, y humillado en su masculinidad: «¡Qué lástima!, exclamó haciendo un esfuerzo. ¡Qué mal ha hecho el ladrón! Hubieran muerto todos...». Las mujeres se quedan petrificadas por completo. A continuación:

Siempre es malo apoderarse de lo que no es suyo, contestó Isagani con enigmática sonrisa; si ese ladrón hubiese sabido de qué se trataba y hubiese podido reflexionar, de seguro que no lo habría hecho. Y añadió después de una pausa: Por nada del mundo quisiera estar en su lugar⁷⁷.

Una hora después, se despide para «retirarse por siempre» a la casa de su tío (el padre Florentino, el cura nativo que vela al moribundo Simoun) y

⁷⁶ *Ibid.*, capítulo XXXIX (sin título), p. 283.

⁷⁷ *Ibid.*, pp. 271-272.

desaparece de la novela. El estudiante patriota y de buen corazón, que nunca antes ha sonreído enigmáticamente, lamenta haber estropeado el plan de Simoun. El español deja claro que *por siempre* no es más que su intención en el momento de partida. Es como si se invitara al lector a esperar una segunda parte de *El filibusterismo*.

Quizá estemos ahora en mejores condiciones de entender tanto el carácter proléptico de la novela como la importancia de que Rizal la calificara de novela filipina. Técnicamente, la prolepsis se fragua a través de una transferencia enorme de acontecimientos, experiencias y sentimientos de España a Filipinas, que entonces aparecen como sombras de un futuro inminente; su inminencia queda a su vez garantizada por el firme emplazamiento de la narración en la época del capitán general Weyler, que seguía en el poder cuando salió el libro. En un plano contextual, el futuro emerge tanto del pasado como del presente en un sentido diferente. El Imperio español siempre había sido principalmente americano y su práctica evaporación entre 1810 y 1830 prometía una liquidación final que lo dejaría en los restos, al mismo tiempo que lanzaba advertencias sobre las consecuencias de la precocidad. La propia Europa, creía Rizal, estaba amenazada por una enorme conflagración, por los conflictos entre sus potencias rivales, pero también por un movimiento violento desde abajo. *El filibusterismo* se escribió desde los bastidores de un proscenio global en el que Bismarck y Vera Zasulich, las manipulaciones *yankees* y las insurrecciones cubanas, el Japón de la era Meiji y el British Museum, Huysmans y Mallarmé, Cataluña y las Carolinas, Kropotkin y Salvador Santiago, todos ellos, tenían su lugar. Incluidos *cochers* y «homeópatas».

A finales de 1945, apenas dos meses después de que la ocupación japonesa de su país se hubiera venido abajo, aunque el colonialismo holandés habría de imponerse aún, el joven primer ministro indonesio, Sutan Sjahrir, describió la condición de aquellos compatriotas suyos que habían empezado la revolución como *gelisab*. No es una palabra que sea fácil de traducir: hay que imaginar un registro semántico que cubra «febril», «ansioso», «inquieto», «desarraigado» y «expectante». Éste es el sentimiento de *El filibusterismo*. Algo se avecina.